

5.^a SESIÓN DE PRÓRROGA DEL 27 DE OCTUBRE DE 1899

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARCO AVELLANEDA

SUMARIO:—Asuntos entrados—Termina la consideración del dictamen de la comisión de hacienda en el proyecto de ley, en revisión, sobre conversión de la actual emisión fiduciaria de billetes de curso legal.—Aprobación del dictamen de la misma comisión en el proyecto de ley, en revisión, autorizando al poder ejecutivo para adquirir del Banco de la nación 45.873.700 pesos en títulos del empréstito de 1891, y aplazamiento hasta la sesión del lunes próximo, de la consideración del dictamen de la misma en el proyecto de ley sobre venta de propiedades recibidas por el Banco nacional, en liquidación, en pago de créditos.

DIPUTADOS PRESENTES

Alemán, Alvarez, Argerich, Avellaneda (M. M.), Avellaneda (M.), Barraquero, Benedit, Berduc, Bermejo, Bollini, Bores, Bouquet Roldán, Bruchmann, Cabral, Calderón, Carballido, Carbó, Carles, Carrasco, Carreras, Coronado, Cortés Funes, Claros, Cullen, Daract, Dávalos, Echegaray, Ezquer, Falcón, Fernández, Ferrari, Fonrouge, Gálvez, Garzón, Gigena, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (I.), Gómez (N.), González, Gouchon, Gutiérrez, Hernández, Iturralde, Lacasa, Lacavera, Lartigau, Lassaga, Leiva, Lescano, Lobos, López García, Loureiro, Luro, Llobet, Machado, Martínez (J.), Martínez (M. R.), Massey, Mitre, Morel, Obligado, O'Farrell, Outes, Pabelo, Parera (R.), Paunero, Peña (V.), Posse, Reyna, Rivas, Romero, Ruiz, Sáenz, Salas, Sánchez, Sánchez Viamonte, Santa Coloma, Santamarina, Seguí, Serú, Soldati, Usandivaras, Valenzuela, Varela Ortiz, Vedía, Villanueva, Vivanco, Zavalla.

AUSENTES, CON LICENCIA

Almada, Avellaneda (F.), Cantón, Capdevila, Ferrer, Ovejero.

CON AVISO

Dantas, García, Guastavino, Herrera, Lagos, Lálnez, Olivero, Palacios, Peña (J.), Roberts.

SIN AVISO

Balestra, Cabal, Castellanos, Contte, Giménez, Lafferrère, Luque, Moreno, Parera (F.), Serna.

—En Buenos Aires, á 27 de octubre de 1899, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, presente el señor ministro de hacienda, doctor José María Rosa, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 3 y 40 p.m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

—El señor presidente del honorable senado comunica la sanción definitiva del proyecto de ley sobre almacenaje y eslingaje. (*Al archivo.*)

—El mismo devuelve modificado el proyecto de ley sobre abigeato, robo ó hurto de ganados. (*A la comisión de legislación.*)

—El mismo remite, en revisión, el proyecto de ley referente al convenio celebrado entre el poder ejecutivo y el representante del ferrocarril del Oeste de Buenos Aires para la modificación de sus vías de acceso á la estación Once de Septiembre. (*A la comisión de obras públicas.*)

—El mismo remite, en revisión, un proyecto de ley autorizando al poder ejecutivo para invertir la cantidad de 4399 pesos 64 centavos moneda nacional

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5. Sesión de prórroga.

en el pago de los trabajos ejecutados por don Martiñano Antonini en el palacio de gobierno. (A la comisión auxiliar de presupuesto.)

ORDEN DEL DÍA

CONVERSIÓN DE LA EMISIÓN FIDUCIARIA

Sr. Presidente—Continúa la consideración de la orden del día, con los proyectos sobre conversión de la moneda fiduciaria.

Sr. Berduc—Pido la palabra.

Voy á ser breve, porque creo que el estado de la discusión de este asunto reclama ya una sanción; y ella es tanto más necesaria cuanto que la cámara debe estar fatigada de la extensión que va tomando esta discusión, á la que es necesario poner término también porque mantiene en expectativa numerosas operaciones comerciales de importación aduanera. Por los proyectos en discusión es sabido que se establece disminución de los derechos de importación, y eso hace que se detenga la introducción de mercaderías.

Seré también sencillo, haciendo la promesa á mis honorables colegas de no usar de ninguna digresión, de ninguna frase de impresión, tratando de condensar, en cuanto sea posible, mi pensamiento.

Señor presidente: se ha hablado tanto de los propósitos que animan este proyecto; de tal manera se les ha combatido, y de tal manera se ha establecido la insuficiencia de los medios que se van á poner en práctica para formar el fondo de conversión, que se ha llegado por algunos á señalar á los sostenedores de ellos como partidarios solamente de un propósito: desvalorizar la moneda.

Esto hace que yo crea indispensable tomar una posición perfectamente definida en la cuestión; y con este propósito voy á decir que votaré en favor de estos proyectos, creyendo que hago bien á mi país, porque entiendo, primero: que lo que respecto de moneda necesita la República Argentina es la estabilidad; que la estabilidad, á cualquier tipo, ha de determinar un desarrollo mayor de su prosperidad y de su riqueza; y como la estabilidad absoluta no puede ser obtenida sino por un régimen á oro, ó sea una buena y sana moneda, es indispensable salir del régimen de la inconvención y de la mala moneda para

entrar al régimen de la buena: que no es posible pasar de un estado á otro, es decir, del régimen de la inconvención, del curso forzoso á la moneda de oro, sin un período previo en el cual se atesoren los recursos, se atesore la buena moneda, que ha de reemplazar á la mala moneda; que este atesoramiento no cabe ni es posible en nuestro país ni en ningún país del mundo, sino á dos condiciones: la primera es que la situación del país sea favorable, es decir, que su balance económico le permita tener una cantidad de oro, tanta cuanta sea necesaria para atender á su circulación y á su comercio; la otra condición, señor presidente, es que el gobierno que se proponga así atesorar, use de una conducta fuerte, vigorosa, firme en la administración nacional, haciendo sólo los gastos que estén al alcance de la nación, sin descontar absolutamente el día de mañana.

No tengo el ánimo, señor presidente, de hacer una réplica á los señores diputados que se han manifestado en contra de estos proyectos. No, señor presidente. Tendré necesidad, sin embargo, de hacer algunas referencias, que me llevarán á distintas conclusiones de aquellas á que ellos han llegado, porque á mí me sucede algo de lo que decía el señor miembro informante de la mayoría de la comisión respecto del señor miembro informante de la minoría; también yo estoy de acuerdo, en gran parte, con las doctrinas establecidas obteniendo soluciones diametralmente opuestas.

La oposición á los proyectos de la cámara, señor presidente, por lo que respecta al distinguido diputado doctor O'Farrell, consiste, en definitiva, en lo siguiente: El señor diputado piensa que no es legal ofrecer cambiar el papel por oro á 44 centavos, porque la nación tiene la obligación de cambiarlo por su valor nominal, es decir, que no es legal cambiar á un tipo menor de lo que se expresa en los billetes.

El señor diputado piensa además, señor presidente, que la valorización del billete no es conveniente en forma precipitada, y para obtenerla solamente en una forma progresiva, ha presentado á la cámara el fruto de su sinceridad y de su conciencia, que es el proyecto que constituye el despacho de la minoría.

Bien, señor presidente; respecto á la

parte legal, luego me ocuparé muy ligeramente; respecto de la segunda parte, debo decir á la honorable cámara que me parece que el señor diputado O'Farrell hace con estos propósitos y con los fines de su proyecto, la declaración más expresa de ser uno de los más grandes papelistas del país, con más fe en el instrumento que precisamente se combate.

¿Qué es, al fin, lo que se propone? Se propone, señor presidente, hacer una quemazón, un incendio nacional, en el cual irían ferrocarriles, liquidaciones de banco, derechos de importación pedidos al país. ¿Para qué? Para obtener la quema de 100.000.000 de papel en diez años, para encontrarnos después, ¿en qué situación? Para encontrarnos, señor presidente, con 200.000.000 de pesos en circulación, y sin un peso de oro, es decir, con 200.000.000 de papel de la moneda inconvertible, que declaramos malsana para la República, que seguiría todas las oscilaciones y todos los movimientos del agio.

El señor diputado O'Farrell ha hecho un proceso, señor presidente, á todos los actos, á todas las declaraciones ejecutivas y legislativas, de los poderes públicos y de los hombres para probar que no se puede creer en ningún ofrecimiento, que no se puede creer en ningún propósito, que no se puede esperar el cumplimiento de ninguna ley en lo que respecta al papel moneda.

Señor presidente: no siempre los hombres pueden hacer todo lo que ofrecen, y si bien es cierto que se han dejado de cumplir muchos ofrecimientos, no se ha estudiado ciertamente, por otro lado, cuáles son las circunstancias que el país ha atravesado y que ha obligado á los hombres á dejar de cumplir lo que habían ofrecido.

En primer lugar, hago recordar que hay ciertas promesas de carácter tal, que son absolutamente inútiles, cuando son absolutamente imposibles de cumplir; que en este país ni en país alguno del mundo, ha de poder hacerse la conversión del papel cuando la situación económica del país no lo permita, por la sencilla razón de que no existe en el interior el oro necesario para ello, y no existiendo, la promesa de conversión en metálico queda en el vacío.

Es eso pues, real y efectivamente, lo que ha sucedido con todos los propósitos y promesa hechas en leyes y en diversas

formas, por los hombres públicos de nuestro país. Es indiscutible la buena fe con que han procedido; pero dado las circunstancias por que el país ha atravesado, sus promesas eran como ofrecer bajar una escalera con la cabeza en vez de hacerlo con los pies, porque, señor presidente, dado lo que ha pasado en el país, no les era posible cumplir, lo que habían ofrecido.

En ese sentido, hay que relevar á esos hombres de toda responsabilidad; no tienen ellos la culpa, en rigor, si la falta de cumplimiento de las promesas se ha debido al deber de atender la defensa de la República.

El señor diputado Mitre, para quien, señor presidente, no tengo la palabra bastante elogiosa, por el mérito de su peroración, en esta cámara, que tanto reflejo le trae al mismo cuerpo á que pertenece, como le trajeron ya los discursos pronunciados, brillantemente por cierto, por los diputados de la mayoría y la minoría de la comisión, ha empezado por establecer que en el país no hay nada más nocivo, no hay nada más perjudicial para su progreso y riqueza, que el régimen del curso forzoso de la mala moneda; y ha sacado, como consecuencia de esto, el convencimiento de que es preciso salir de ese régimen para pasar al régimen del oro, y que si esto se pudiera hacer inmediatamente, todos los sacrificios que fueren necesarios debieran hacerse.

Ha establecido, además, que es imposible pasar del estado del papel al estado del oro sin el oro mismo, es decir: tantos pesos de oro cuantos pesos papel hay en la circulación, ó como pesos son necesarios para retirar el papel.

Sin embargo, señor presidente, está en contra de estos proyectos. Está en contra porque su tesis es dejar que la valorización se produzca, y dejar al porvenir la solución de esta cuestión.

Pero, señor presidente, yo me permito decir que aquí hay una contradicción. Desde luego, y esto en la forma más cruda: si para llegar al estado de conversión, al régimen de la buena moneda, es necesario el oro, por el sistema de los proyectos solamente se necesitarán 123 millones de pesos oro; pero por el sistema de la valorización, llegando el papel á la par, se necesitarán 280 millones. Y como al fin,

señor presidente, el oro no puede ser pagado ni mucho ni poco sino por el país, será al país á quien incumba reunir 280 millones.

Y bien, señor; si se conviene que en efecto este régimen del curso forzoso es nocivo á la República; si se conviene que solamente con el oro se puede salir de él; si se conviene en que es preciso hacer todo género de esfuerzos ¿cómo se explica, entonces, esta prolongación del término? Porque al fin, si para reunir 123 millones oro dentro de la República se necesitan diez años, para reunir 280 se necesitarán 25.

Desde luego, presentada así esta cuestión, nos lleva forzosamente á prolongar indefinidamente el hecho de la conversión. ¿Pero cuál es, señor presidente, la situación que tendremos desde ahora hasta esa época en que se proclama que por la valorización hemos de llegar á la conversión? 25 años, 50 años del mismo régimen que condenamos.

Es que, según mi sentir, cada vez que he reflexionado sobre esta situación del papel me he encontrado con esta duda respecto de mí mismo: es que todos sin quererlo y sin saberlo somos papelistas desde el momento en que empezamos á creer en el papel, y somos más papelistas, cuando creemos que este papel tiene un valor y que ese valor ha de aumentar.

Yo quisiera que se me dijera en qué renglón del activo de la riqueza argentina se encuentra el papel moneda. Si tuviéramos que hacer el inventario del activo tendríamos forzosamente que prescindir de él ó ponerlo ¿dónde? En el pasivo, porque el papel no tiene valor absolutamente alguno por sí mismo; valdrá en este inventario el precio que tiene el papel en las estanterías del librero Peuser.

Esta teoría de la valorización, para mí, señor presidente, no es otra cosa que la existencia *in eternum* de esta mala moneda que tenemos, moneda de la que yo creo que es preciso salir. Y así, cuando mi distinguido colega el señor diputado Mitre, de paso, encontraba que hasta el mismo tipo elegido por el poder ejecutivo de 44 centavos oro por un peso papel, para hacer la conversión futura, era una cantidad irreductible en la aritmética, yo hacía la observación que también por ese lado apuntaba el

papalista. ¿Cómo, señor presidente, encontrar irreductible á 44 centavos de la moneda invariable de oro, y encontrar, sí, reductible el papel al cambio de 220, que significa 45 centavos oro, 45 milésimos y 45 diezmilésimos, una cantidad infinita? ¿Por qué sucede eso? Porque precisamente los términos de relación estaban invertidos; porque mientras que lo que se trata y lo que debe resultar siempre cuando se haga una conversión, á saber, que el gobierno cambie su papel por una cantidad oro, es un sistema aquí, al revés: que se cambia el oro por papel á un cambio de 220, 230 ó 240, y es por ese sistema que volvemos otra vez á estar, sin saberlo, dentro del papalismo.

Y, señor presidente, cuando mi distinguido colega hacía también el estudio de la situación económica de la República, estudio de un mérito incalculable y que importa una gran enseñanza para este país, el señor diputado cometía el mismo error, según mi manera de entender. También el señor diputado invertía siempre la relación de moneda: prescindía del oro y hacía siempre su cuenta á papel.

Y de ahí va á resultar que cuando yo á mi vez estudie esta situación económica, llegaré á resultados completamente distintos de aquellos á que ha llegado el señor diputado.

Uno y otro de los distinguidos oradores que están en contra de estos proyectos, han dejado clara y expresamente manifestada su profunda desconfianza. Casi se puede decir que no han dicho párrafo en que no salte esto: no creemos en el cumplimiento de esta ley.

Yo me atrevería á afirmar que la minoría de la opinión que está en contra de esto, es sólo por desconfianza, sólo porque se nos cree incapaces, porque se nos está declarando insuficientes para gobernar. Y esto, que es una injuria, y no otra cosa, está elevado á la categoría de un axioma, por desgracia.

Se ha dicho que fijar el precio de 44 centavos oro á un peso moneda nacional, es un despojo hecho al país y á los tenedores de billetes. Para mí, señor presidente, esto es sencillamente una frase.

Estoy de acuerdo en absoluto con el señor diputado Mitre, y voy á permitirme leer lo que es un fruto de su convenci-

miento: «Hago esta declaración, que es el fruto de la meditación que he dedicado á este asunto y que desgraciadamente no tiene autoridad ninguna...»

¡Qué equivocado está el señor diputado! ¡Hasta dónde se conoce su modestia! Tiene mucha autoridad, y es aquí donde el hombre de reflexión y el hombre de ciencia habla.

«A trueque de la conversión, yo aceptaría que el poder público fijara al papel el quebranto que quisiera, no ya que le asignara el valor de 44 centavos nominales que ahora le asigna en oro, que le asignara 40, 20 centavos, con tal de entrar al día siguiente con la conversión de verdad, es decir, cuando todos los medios necesarios para realizarla estuvieran reunidos.»

Y bien, señor presidente: si tuviéramos el oro no habría un despojo á quien se le diera solamente 20, 30 ó 44 centavos oro por un peso papel.

Quiere decir, entonces, que en lo que se hace estribar el despojo es lisa y sencillamente en el período de preparación que se necesita para alcanzar la conversión. Pero es que haciendo esta declaración, dejando las cosas como están, esta situación no llegaría nunca.

Si hoy mismo nos propusiéramos hacer un fondo de conversión, atesorar los mejores elementos de la República, contratar un empréstito afuera, resultaría que la valorización del billete iría creciendo á medida que se fueran acumulando cantidades de oro en la caja de conversión, y no podríamos decir cuando tuviéramos \$ 150 ó 200.000.000 que lo íbamos á cambiar á 20, 30 ó 44 centavos. Se habría establecido el sacrificio al país, y habría tenido que hacerse á despecho de cualquiera, esta conversión y hasta que no tuviéramos 280.000.000 de oro nunca habría llegado la ocasión.

Señor presidente: antes de entrar á ocuparme de la parte legal de esta cuestión, que he dicho trataré muy someramente, quiero decir dos palabras respecto á la cotización del metálico.

El señor diputado Mitre nos ha dicho en su exposición que él pensaba que el metálico no habría bajado de 200 %. Yo no participo de su opinión. He consultado á muchos hombres de estos que se llaman

de negocios y cuyos negocios son vender y comprar papel; no he encontrado uno solo que no crea que el papel habría llegado á 180. Es, pues, en esta situación, real y positivamente, que estos proyectos han venido; han llegado á la consideración del congreso y á la discusión pública cuando el oro hubiera estado á 180.

Este es, tal vez, el único mal de los proyectos: haber venido aquí cuando todo lo que se hacía, todo lo que se operaba y todo lo que se quería era en el sentido de que el oro bajara á 180. Si estos proyectos, en vez de haber sido presentados cuando el papel se encontraba á 204, 210 ó 220, lo hubieran sido cuando estaba á 350, ¿se cree acaso que habría habido un solo acto de protesta en la República Argentina? Ni uno solo: nadie hubiera discutido el derecho del gobierno, nadie habría dicho una palabra sobre un propósito tan sano como el de atesorar con el objeto de convertir cuando la época llegara.

Si algún gobierno hubiera presentado semejante proyecto, si algún miembro del parlamento lo hubiese iniciado, ¿sabe el señor presidente lo que habría inspirado al público? Lástima, probablemente. Se habría dicho, ¡qué cándido y qué iluso pensar que de 350 % se pueda bajar á 227!

Esto que nosotros no hemos sabido prever y que hemos debido prever si hubiéramos sido razonables y si hubiéramos penetrado con ojo avisado dentro de un porvenir tan próximo como era el que teníamos por delante, eso que hubiera sido llamado quimérico é inútil, habría salvado toda esta oposición.

Pero el hecho real es que dentro de la valorización han venido estos proyectos, cuando el país debía hacer las ventas de su producción. La Bolsa, dentro de su sistema, se había adelantado. Porque es preciso darnos cuenta perfecta de lo que es esta operación de la valorización en la producción nacional. Desde luego, se cambia no ya solamente el valor de las cosas. Cuando se juega á la baja en la Bolsa, sobre que la producción nacional, lo que ocurre es el bolsista se anticipa tres meses y se hace estanciero para vender lana, se hace agricultor para vender el trigo, y tres meses antes de que llegue el verdadero agricultor, el hombre que sudó con 35º de calor, para hacer el trigo, á vender lo que

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

tanto trabajo le ha costado producir; y se encuentra éste con que el bolsista se le ha anticipado, le ha vendido el trigo, pero 30 puntos más alto de lo que él recibe. (*Muy bien!*)

Con el juego contrario, á la suba, se produce el fenómeno de igual manera, y en este caso la víctima es el consumidor, sin que haya absolutamente en esta cuestión diversidad de posiciones.

Ahora, recuérdenlo los señores diputados: ¿cuántos días hace que este asunto ha sido despachado por el senado? Hace un mes que está á la orden del día. Hace más de tres semanas estas cotizaciones se habían tranquilizado, la nerviosidad había desaparecido, el oro se encontraba siempre alrededor de 234 ó 235, sin moverse cada día más de 10 centavos; pero es tan grande, señor presidente, la extensión que ha tomado en la República Argentina esto de acostumbrarse á manejarse con el papel y á jugar sin quererlo ni saberlo el comercio y los bolsistas, que cuando esa situación de estabilidad se había obtenido por 15 días, un diario, del cual sólo voy á tomar la noticia, porque no me propongo hacer discusión con los diarios. *La Prensa*, del 7 de octubre, en su sección comercial, la menos intencionada, la que expresa mejor la verdad dice: «Cuando las oscilaciones en las cotizaciones diarias del oro se reducen á pocos centavos, la Bolsa entra en un período de calma fatal para los negocios, porque se suspenden las órdenes de compra ó venta.» ¿Se puede hacer una confesión más cándida, más simple, pero más verdadera de lo que es la Bolsa cuando se juega en ella?

¿Qué había sucedido para que ocurriera este período de calma fatal? Había sucedido que en la Bolsa no se jugaba más: no se compraba ni vendía papel. Pero, en cambio, del otro lado del mismo diario, en la misma sección, se daba cuenta del movimiento más grande quizás que ha tenido en ningún tiempo la República Argentina en su mercado de frutos; es decir, por un lado, no se vendía ni se compraba más papel en la Bolsa; por el otro en el mercado de frutos se hacían las operaciones más grandes que ha tenido la producción nacional.

Desgraciadamente esta situación no se ha mantenido durante muchos días. Ya

la Bolsa ha entrado en plena actividad: se está operando.

Este es el fruto, señor presidente, de esta desconfianza propia. Si nosotros no nos creemos ¿qué confianzan han de tener los demás? Si nosotros no nos creemos capaces de resolver, de ejecutar un plan y de estar dentro de él con vigor, con energía, con perseverancia ¡Pero es claro! todo el mundo cree que debe hacer una operación á la suba! Entra el pánico: los billetes se cambian por oro. Es natural. El oro se guardará por quince ó veinte días; pero después tendrá que salir á la circulación, tendrá que tener aplicaciones, servirá para comprar las cosas. Y ahí se tiene que como ha servido para producir la suba del oro, servirá dentro de poco para producir la baja.

Esto no es sino la consecuencia del agio. Con una simple observación quedará demostrado.

Si el oro descendía hasta 180, por razón de la buena situación económica de la República, obedeciendo á la ley de la oferta, ¿cómo es posible explicarse que habiendo mejorado los precios de todas las cosas que determinaron esa valorización, desaparezca ella para transformarse en desvalorización?

Una de dos: ó se valoriza por esa razón, ó se valoriza por el juego.

Hay las dos cosas; hay la una y la otra.

Lo malo no son los proyectos; es la desconfianza en que se ejecuten. Los proyectos en sí mismos son razonables, no son una novedad; es lo que se ha hecho en muchas naciones en las cuales la razón pública es escuchada, entre ellas Inglaterra, como lo demostraré dentro de un momento.

Bien, señor: veamos brevemente—yo también quiero huir de este terreno de la legalidad de la cuestión; pues es sabido que mi espíritu no tiene inclinaciones á esa clase asuntos—no soy abogado, ni entiendo de eso—pero tengo una manera burda, sencilla, de apreciar estas cosas.

La moneda es la medida del valor de las cosas. Es la definición de los señores diputados O'Farrell y Mitre; definición científica, indiscutible.

Es buena la moneda, cuando esa medida es invariable. En esas condiciones no hay sino una sola moneda en todo el mun-

do: el oro; ¿por qué es invariable? porque lleva en sí misma el valor, porque no hay deuda de alguien en favor de alguien y sirve para el intercambio universal

Es mala moneda toda aquella cuya medida varía, es decir, la plata ó el papel.

Muy bien, señor: nosotros estamos á papel.

¿Qué es un billete de banco? Es una obligación de pagar á la vista y al portador la cantidad fijada en el billete por aquel que lo puso en circulación. Esto es dentro del régimen regular de las cosas.

El billete de banco, en nuestro país, está legislado dentro del código de comercio, como cualquier otra obligación.

Esto era el billete de banco desde 1881 hasta 1885. En 1885, por desgracia para la República Argentina, vino, y vino como consecuencia inevitable de una falsa situación económica, el curso forzoso. ¿Qué es lo que hizo esta ley del año 85? En su primera parte dispuso que se acordaban dos años de moratoria á todos los bancos particulares, oficiales ó semi-oficiales, para que ellos tuvieran el derecho de no convertir sus billetes. Hasta aquí no es una ley absolutamente de curso forzoso, es una moratoria como la que hemos acordado al banco hipotecario de la provincia de Buenos Aires.

Si aquí se hubiera detenido la ley, no hubiéramos tenido ninguna dificultad en la República Argentina. Pero es que á renglón seguido, señor presidente, como consecuencia de una ley de curso forzoso, se dijo: esas, que son sencillas obligaciones de pagar al portador y á la vista, son una moneda que yo creo por la ley, y no sólo son una moneda que hago de hoy en adelante, sino que la hago de hoy para atrás. Desde hoy todo el que tenga un billete de estos que yo declaro moneda, puede pagar como si fuera oro toda obligación anterior á oro, es decir, como si fuera esa moneda de novecientos milésimos de fino y tantos gramos, que se llama argentino por la ley del 81.

Este, es, señor presidente, el origen verdadero de la existencia de esta nueva moneda, y así se entendió por todo el mundo en la República Argentina; así se ha usado en la práctica diaria; no hay un hombre de negocios, no hay siquiera un hombre que haya tenido que exigir el cumplimiento

de una obligación, ya importara ella un cheque, un pagaré ó cualquier otra cosa, que desde 1885 hasta ahora — nótese bien, desde 1885 y no desde 1887—que haya entendido que quien hacía un cheque por 100 pesos moneda nacional importaba tanto como si lo hubiera hecho por 100 pesos moneda nacional oro. No, señor; ni el color de los cheques es igual. El peso moneda nacional era este papel; y el otro, el peso nacional oro, para en adelante, era la moneda de 1881. Eso y no otra cosa es lo que se ha entendido por los tribunales.

Yo pregunto á los distinguidísimos abogados de esta cámara, si no fuera verdad que se había creado otra moneda por la ley del 85, por la cual se acordaba una moratoria de dos años á los Bancos para convertir, ¿cómo se explica que las obligaciones firmadas, un pagaré firmado, por ejemplo, en diciembre de 1885 para pagarlo en febrero de 1886, durante la época de la moratoria, cuando en rigor esta moneda de que se hablaba, el peso moneda nacional durante la moratoria debía ser convertido dos años después; cómo es que nadie entendió ni se hizo caso judicial alguno para que se pagara en oro? Porque, todavía, si se dijera que durante ese tiempo de la moratoria ha habido un caso judicial, una resolución de los tribunales, una tentativa siquiera en ese sentido, pase. Pero, no, señor; si nadie entendió desde ese momento que no era una cosa distinta, nadie entendió que lo uno era igual á lo otro.

Señor presidente: si esto sucedió el año 85 con la ley, después de la ley de 1887, la ley de bancos garantidos, en cuyo estudio el señor diputado O'Farrell no ha podido dejar de reconocer que lo que se autorizaba á emitir eran billetes de curso legal cambiables por curso legal y no por oro, ¿por qué desde la existencia de esa ley y de los bancos que han vivido al amparo de esa ley, jamás, en ningún caso, ha habido cuestión judicial, y ningún individuo de la República se ha presentado pidiendo la liquidación de sus billetes en oro para cobrarlos en esa moneda?

¿Cómo ha sucedido ese fenómeno? ¿Cómo se han liquidado los bancos con capital propio y no se ha tenido derecho para pedir que se pagara á oro?

Es que no es eso lo que ha sucedido con

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.^a Sesión de prórroga.

la ley del 87. Se creía en el papel como una moneda, el país lo creía también y se emitieron billetes convertibles por billetes; esto es lo que en rigor se ha hecho, es lo que consagran los hechos, esto es lo que ha pasado en la República Argentina.

Esto de pretender cambiar por oro la moneda nacional, empezó recién á discutirse desde que se han conocido estos proyectos. Seguramente que si ellos se hubieran presentado con el oro á 350 no se hubiera hecho esta cuestión; más digo: tampoco se la hubiera hecho si la relación á tipo elegido hubiera sido el de 50 centavos en vez de 44.

Pero como digo, señor presidente, esta cuestión ha sido tan estudiada, tan bien y tan claramente definida, según mi opinión, en las discusiones que han tenido lugar en esta cámara y en el senado; y siendo, por otra parte, notoria mi incompetencia, no voy á espigar alrededor de ella. Solamente he querido decir brevemente mi sentir, porque me parece que lo que se quiere es, como vulgarmente se dice, tapar el cielo con un arnero.

Yo creo que es imposible hacer creer á alguien que se tiene un peso papel, por mucho que sea el empeño que se ponga en ello, que lo que se posee es un peso oro.

A este respecto yo tengo que buscar una fórmula verdaderamente simple.

El señor diputado O'Farrell nos decía—y yo no sé de dónde lo ha sacado—que los títulos de 4 1/2 % creados por la ley del año 87, que garantían la emisión de los bancos garantidos, han sido servidos por la nación, y que se había pedido al país el impuesto para hacer ese servicio; y que los tenedores de billetes tenían el perfecto derecho de exigir que con ese impuesto se les convirtiera á la par en oro.

Empezaré por decirle al señor diputado, que está en error. La nación no ha servido los títulos del 4 1/2 % en la proporción que él pretende. Los títulos creados ascendieron á ciento cincuenta y tantos millones de pesos oro y sólo se ha servido los intereses de diez y ocho millones, sin haberse hecho jamás amortización alguna.

Esto en primer lugar. En segundo lugar, yo le diría al señor diputado, aun cuando tuviera razón: ¿pero cuál sería la

situación, á este respecto, que tendríamos ahora?

Supongamos, señor—y esto se me viene á la mente en este momento que veo tan respetable la presencia del señor presidente de la cámara, que él fuera el jefe del poder ejecutivo, el presidente de la República. Es muy capaz para ser presidente, de tal manera que bien puedo suponerlo por un momento que lo es.

Supongamos también que nosotros los diputados, la Barra, somos el pueblo de la República: todos tenemos papel... Es decir, supongo que lo tenemos, porque yo creo que la mayoría no lo tiene; la inmensa mayoría apenas tiene el indispensable para llenar sus necesidades, para cambiarlo de un día para otro: la mayoría no tiene papel. Pero si pongamos, como digo, que todos lo tenemos. Aquí estamos: conviértanos Vd. á oro nuestro papel.

¿Cuál sería la contestación? No hay más que una:—Denme el oro! Dense vuelta los bolsillos y denme ustedes tanto oro como yo necesito para convertirle su papel.

He ahí, señor presidente, á lo que queda reducida esta cuestión: á pedir á los mismos que tienen papel la cantidad de oro que se necesita para cambiar ó convertir ese papel, con esta grandísima diferencia, que resultaría en la práctica cuando viniera á pedir el poder ejecutivo el oro para cambiar el papel, muchísimos no lo tendrían y que los otros tendrían el bolsillo lleno de papel.

La proporción de los que tienen depósitos de papel es de uno por mil sobre la población de la República.

Sr. Gómez (I.)—Y darían el oro los que no tiene papel.

Sr. Berduc—No tenga duda el señor diputado: lo darían los que hacen la producción nacional.

He dicho, al empezar, que creía que era absolutamente imposible atesorar, guardar oro, preparar un fondo de conversión, sin una situación económica favorable.

Desde luego, señor presidente, creo que no ocurre ninguna dificultad en aceptar esto como una axioma. Si el país no tiene oro, ¿de dónde ha de sacarse el oro? ¿A quién se le ha de pedir el oro?

Si la balanza económica de la República Argentina no deja un saldo que quede

como stock de oro en el país serán inútiles por sí solos todos los proyectos que se sancionen, con el objeto de reunir oro, porque no lo habrá.

Ahora, señor presidente, debemos examinar esta cuestión de la situación económica de la República.

Yo creo que el país no ha tenido jamás una situación económica más favorable que la actual, nunca ha producido tanto; y como la situación económica hay que juzgarla por la cantidad de producción que sirve para atender las obligaciones exteriores del mismo país, deduzco, como ahora veremos del examen que voy á hacer, que la mejor situación que el país ha tenido es la actual.

Atribuyo en gran parte á esto la valorización del papel.

El señor diputado Mitre me ha economizado una gran parte de trabajo; su estudio, de una observación acabadísima, establece la situación real de una manera concluyente.

Desde luego, la balanza comercial por sí sola en la República Argentina, como en cualquier otro país, no sería bastante para resolver si una situación económica es favorable ó no.

Así es en efecto. Si tomamos las cantidades que producimos para exportar: si solamente tomamos las cantidades que introducimos para consumir, la diferencia que obtuviéramos así no expresaría absolutamente nada en esta cuestión.

Sería preciso entonces tomar en cuenta lo que se llama balanza económica de la nación, es decir, lo que reúne las dos condiciones; pero no podemos dejar de considerar que la balanza comercial, esto es, lo que existe como diferencia entre la importación y exportación es lo que concurre á saldar el balance de pagos.

Bien: ¿cuándo ha empezado esta favorable situación económica de la República?

¿Cuándo es que esa producción ha empezado á prosperar, primeramente en un cuarenta por ciento, después en un cincuenta y más tarde en un ciento por ciento para llegar á satisfacer hoy sus pagos exteriores?

Aquí tenemos las cifras del comercio, no voy á repetirlas; solamente voy á establecer que la prosperidad de la exportación

de la República, sobre todo en lo que se refiere á la agricultura, empieza en el año 1891. En ese año son ya considerables las cifras de la exportación y han continuado aumentando y progresando hasta hoy en que en definitiva la estadística nos acusa esta situación: una exportación de 136.000.000 de pesos y una importación de 107.000.000 en 1898.

Bien, pues, señor, yo acepto las cifras que el señor diputado Mitre ha consignado en su discurso respecto de lo que en la República Argentina constituye las obligaciones á pagar en el exterior. Creo que, efectivamente, los capitales particulares representan, con la deuda del gobierno 200.000.000 de libras esterlinas, es decir, que además de nuestro consumo exterior tenemos que pagar el servicio de mil millones de pesos oro. Creo que su servicio no pasa de 50.000.000 oro: el 5 %. Esta renta no coincide exactamente con la del señor diputado: él, cree que necesita más 64 á 65.000.000 oro, no recuerdo bien la cifra. La exactitud absoluta en esta cuestión es muy difícil averiguarla por falta de datos estadísticos; no hay datos precisos. Los que se tienen como datos precisos son sobre capitales nominales; de manera que la suma que deba servirse como alquiler ó renta sólo es aproximada.

Necesito hacer una aclaración y ella es conveniente para el país, y para todos los que se ocupan de estas cuestiones.

La estadística que ha servido al señor diputado Mitre es la que conocemos con el nombre de «Estadística del comercio de la República Argentina», que con tanto acierto y competencia dirige el señor Latzina, á quien realmente se le puede tener entera fe en cuanto á sus condiciones científicas y prácticas.

Sin embargo, no creo que sea exacta la estadística de Latzina, no porque estén mal recopilados los datos, sino porque está hecha, tanto respecto de la importación como de la exportación por los precios que establece la tarifa de avalúos de la aduana.

Y, bien, señor presidente; la tarifa de avalúos argentina, es una tarifa de englobamiento, que actualmente se está estudiando y tratando de modificar por una comisión competente, sólo porque tiene precios claudiosos para la elevación de derechos.

Yo pienso que la importación de la Re-

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

pública Argentina por ese concepto del englobamiento, que consiste en poner en un solo renglón todas las cosas, ordinarias y de lujo, para venir á fijarles el mismo precio, está representada por un 20 % de aumento. Creo que esta importación de 107.000.000 de 1898 no ha llegado en la República á mas de 80.000.000 real y positivamente para los pagos exteriores. Lo digo en verdad, con entera convicción.

Ahóra, respecto á la exportación, me bastará decir á la cámara que la lana está aforada en la tarifa de avalúos á dos pesos oro los 10 kilos, y que en esta exportación de 137.000.000 \$ de 1898 se comprende la lana aforada á este precio, cuando en realidad en estos momentos vale de \$ 3.50 á \$ 5 la arroba según la clase; el año pasado ha valido 3, cuando menos.

De manera que por este solo concepto, pie so que no puede haber sido la exportación el año 1898, menor de 158.000.000; y creo que esta exportación llegará este año sin duda á 170.000.000.

Pero hay otros hechos que bien observados comprueban mi conclusión.

Si efectivamente, señor presidente, la República Argentina necesita 50.000.000 de oro para hacer el servicio de todos los capitales extranjeros invertidos aquí, y además necesita 107.000.000 de pesos oro para pagar su consumo del extranjero necesitará 157.000.000 de pesos oro para pagar anualmente lo que debe por concepto de estos dos orígenes. Y ¿con qué? ¿Con 132.000.000 de la exportación?

Es decir, que habría sucedido una de estas tres cosas: habríamos tenido que quedar debiendo la suma de 21.000.000 pesos; habrán venido nuevos capitales del extranjero á incorporarse á la República Argentina, llenando ese claro; ó bien esta estadística está equivocada, porque hace año y medio que incesantemente, en todas las épocas del año, los giros están arriba de la par, incesantemente ha habido un premio para todo individuo que quisiera traer oro á la República.

¿Qué demuestra esto? Demuestra que ha habido una cantidad de oro que era forzoso traer al país como consecuencia de su balance de pagos.

Hay además otra razón que es incuestionable, porque no se obtienen resultados sin estar basados en fenómenos positivos.

Hace ya más de un año y medio que el oro que se presta en Buenos Aires es mucho más barato que el papel. ¿Por qué? Porque hay mayor ofrecimiento de oro. ¿Por qué se presta más caro el papel? Porque hay mayor demanda de papel. Cuando el interés del uno es 7, el del otro es $4\frac{1}{2}$ por ciento. Esta es una demostración de que el oro ha venido acumulándose.

Bie, señor presidente: el señor diputado Mitre, al hacer la apreciación de cómo la República Argentina se perjudica teniendo que servir anualmente 170 millones de pesos oro, según su cuenta, según la mía mucho menos, pero teniendo que hacer el servicio de la deuda exterior, ha dicho que la depreciación de 50 puntos ha hecho que el país tuviera una pérdida de 90 millones de pesos papel.

Yo me he quedado, lo declaro con franqueza...

Sr. Mitre—No he hablado de pérdidas. No he incurrido en ese error, así como tampoco que es ganancia la desvalorización.

Sr. Berduc—Perfectamente; entonces, por lo menos, nos ha dicho que fué preciso sacrificar 90 millones.

Sr. Mitre—Quela nación tuvo que hacer un gran esfuerzo para pagar el oro al extranjero, por 90 millones de pesos.

Sr. Berduc—Eso ó lo otro es exactamente igual para mi tesis. El hecho es que la desvalorización de 50 puntos ha equivalido á un esfuerzo que la nación ha tenido que hacer para pagar su oro al extranjero en la proporción de 90 millones. Este mismo esfuerzo, si hubiera tenido que hacerse cuando el oro estaba á 350, es decir, 150 puntos más alto, habría correspondido á 270 millones, en ese supuesto.

Se comprende que tales esfuerzos no han existido. Lo que existe en rigor en la República Argentina es lo siguiente: Si para pagar en el exterior necesita como 10, lo que necesita es hacer lana, cueros, lino, trigo como 10 ú 11; si necesita pagar como 100, necesita hacer como 105, y no como 80.

El oro que debemos en el extranjero lo pagamos con el oro que aquí producimos. Lo que hay de verdad es que el oro que aquí producimos, ese oro que determina esta situación económica favorable, ha sido hecho con papel, y habiendo sido hecho con papel, con capitales y con gastos

á papel, sufre las consecuencias inevitables de la valorización, puesto que recibe una cantidad menor de la que fuera necesaria para hacer los servicios: «aquí viene la inversa». (*¡Muy bien!*)

No nos queremos convencer de un hecho que es positivo y que está al alcance de todo el mundo. Veamos. ¿Es cierto que esta situación económica, que nos es favorable y que nos permite traer anualmente una cantidad de oro del extranjero, ha sido hecha desde que estamos en el régimen de la inconvención? ¿Es cierto que el trigo, el lino, los cueros y todo lo que producimos desde 1891 (hablo de lo que producimos desde entonces, no de antes) se ha hecho realmente con el papel y que este papel, al cual yo no le atribuyo por cierto ninguna de las condiciones que le atribuyen los que creen en él, es el instrumento que ha servido tal vez para disminuir en gran parte el desenvolvimiento de la riqueza del país, que es enorme y que da para todo? (*¡Muy bien!*)

Si la situación económica de hoy, si el exceso de 50 millones en la exportación de la agricultura es la que realmente ha venido á hacer el servicio en el exterior de todo el oro incorporado á este país para impulsar su propio desarrollo, y con lo cual, con cuyos capitales yo estoy decididamente porque el país necesita de los capitales extranjeros, digo entonces que si esa industria es la que ha contribuido á crear este estado de cosas, ¿cómo no hemos de tomar en consideración su situación? (*¡Muy bien!*) ¿cómo no ha de preocuparnos realmente, si se tiene en cuenta que la exportación, que llegara á 170 millones de pesos oro en 1899/900, puede mañana, por razones de falta de previsión ú otra cualquiera, llegar á anularse, y cuando esto haya sucedido hallarnos en situación económica contraria, otra vez con la desvalorización á 350?

Yo sé que no se cree en los perjuicios de la agricultura; pero no se cree solamente por una razón: porque cuando se ve una cuestión se le mira por un solo lado. Mientras que los capitales extranjeros á oro están considerados aquí como una necesidad siempre presente para pedirle á la economía nacional del país los servicios que eso comporta, no se mira del otro lado la cantidad de capitales interiores que son los

que han hecho el desarrollo de la riqueza nacional (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente—Si el señor diputado se encuentra fatigado podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Berduc—No, señor presidente, yo puedo continuar hasta concluir mi discurso, siempre que no se cansen de escucharme los señores diputados.

Bien, señor presidente; mucho se ha dicho que en esta cuestión no existen elementos de juicio, una *enquête*—usaré la palabra que ya se ha españolizado á fuerza de servir de título—una *enquête*, repito, para averiguar nuestra verdadera situación.

Yo creo sencillamente que no son las *enquêtes* lo que falta en este caso.

Se hizo el censo en 1895 y en 1896 se nombró una comisión compuesta de elementos de primer orden para una investigación agrícola. Se criticó el nombramiento de esta comisión; ¿para qué servía? Tratábase de hacer una *enquête* y se decía que era inútil porque estaba el censo de 1895.

Esta comisión, que fué precedida por nuestro distinguido colega el doctor Indalecio Gómez, ha publicado una parte de sus trabajos. La otra está sin publicarse. Se dice que no vale la pena hacerlo. ¿Para qué?

La parte publicada no la ha leído más de un habitante por cada cien mil; y la no publicada, ¿para qué decirlo? todo el mundo sostiene que es innecesaria.

Tengo aquí una de esas *enquêtes* inéditas, originales, la que se refiere á mi provincia, Entre Ríos, á la que voy á tomarla como ejemplo. Voy á dar la razón. Creo que es donde se hace la agricultura más barata, por la feracidad de la tierra, por la calidad de sus productos, porque es donde se hace la agricultura sin pagar ningún flete de ferrocarril, porque es donde se hace la agricultura sin pagar ningún impuesto; y para que no se me argumente con los impuestos y los fletes, es que tomo el ejemplo de una zona productora que no da asidero á esa observación.

En Entre Ríos, de esta *enquête* resulta evidente la siguiente conclusión:

El trigo, en la provincia de Entre Ríos, el año 1888, cuando el papel se encontraba á 140, 150, 160, costaba el hacer cada

Octubre 27 de 1899.

CAMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

hectolitro de trigo 3 pesos de la moneda de curso legal.

Después, á medida que la desvalorización aumentaba, costaba el hacer como hoy 4 \$ por cada hectolitro de trigo, siempre que el rendimiento sea una cosecha regular, es decir, los términos medios, á 10 fanegas por cuadra.

Tenemos, entonces, que en la moneda de hoy, se produce el trigo en Entre Ríos con 4 pesos de costo.

Pero á la vez esta *enquête* ó investigación prueba que hay agricultores que hacen el trigo hoy á 3 pesos.

¿Cuál es la razón de estos dos costos tan distintos de 3 y 4 pesos? Una única: Cuando el agricultor, con su familia, siembra la extensión de tierra que él con los suyos puede cultivar, arar, sembrar y trillar, entonces le cuesta 3 pesos.

Cuando el agricultor tiene que sembrar una cantidad mayor, tiene que tomar de afuera en el momento de la siembra y de la cosecha los hombres con que hacerla.

La cosecha, en ese caso, cuesta cuatro pesos. Pero puede objetársele: si á tres pesos se puede hacer cada hectolitro de trigo, hagamos ese trigo á tres pesos, y no busquemos esta manera de impedir la valorización de la moneda.

Pero yo digo: es que no hay tal población para hacerlo; es que las siete octavas partes de la cosecha de Entre Ríos y de Santa Fe se hace en mayor extensión que la que pueden atender las familias de los colonos. Todos los años vienen catorce ó quince mil inmigrantes, simplemente á levantar la cosecha. Para que aquello sucediera sería necesario que vinieran veinte ó treinta por mes. Pero cuando resulta que por ese motivo la producción que tenemos cuesta cuatro pesos; si esta situación continúa, si el trigo no se puede pagar más de cuatro pesos, lo que ocurrirá es simplemente esto: que no se hará más trigo ó que se hará solo en la proporción de una cuarta parte. Cuando se tenga veinte millones menos de exportación, entonces los que se oponen á este proyecto que detiene la valorización del papel lo habrían visto cotizarse á 300 %.

Sr. Mitre—Los partidarios de la valorización no son partidarios del proyecto. Está en un error.

Sr. Berduc—Los partidarios del proyecto, como yo, son partidarios de la estabilidad de la moneda; lo que quieren es que no se mueva ni para arriba ni para abajo; los partidarios de este proyecto, lo que queremos es que este precio de cuatro pesos de costo del trigo quede reducido á \$ 1,76 oro el hectolitro y no á \$ 4 oro.

—El señor diputado Gómez (L.) hace una observación en voz baja al orador.

Sr. Berduc—Todos los gastos se han de hacer sobre esta base de 1,76 oro y eso será de hoy en adelante el costo del trigo producido en la República. (*Muy bien! muy bien! Aplausos en la barra y en las bancas.*)

Sr. Varela Ortiz—Podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Pasa la cámara á cuarto intermedio.

—Vueltos los señores diputados á sus asientos, continúa la sesión.

Sr. Berduc—Bien, señor presidente: uno de los argumentos que trae verdaderas dudas al espíritu, hecho á propósito de que la agricultura tenga necesidad de la desvalorización de la moneda para vivir, es el de que no podría desenvolverse si estuviéramos bajo el régimen del oro. Este, señor presidente, es un gran error.

Cuando se dice que no puede vivir la agricultura en la República Argentina, como en Montevideo ó como en los Estados Unidos, parecería que quisiera decirse que aquí hay una agricultura distinta á las otras agriculturas. No, señor presidente: no es eso. La agricultura en la República Argentina puede vivir, puede prosperar y dará siempre buen resultado para quien trabaje la tierra. La agricultura hecha á oro en la República Argentina, es de seguros resultados. Si toda estuviera hecha á oro, su rendimiento sería mucho mayor. Ya he dicho al hablar de los costos máximos de ella, que el trigo en la provincia de Entre Ríos, vale 4 pesos papel, igual á 1,76 oro, y 1,76 oro no más costaría hacerlo.

Es preciso que quede hecho el convencimiento de esto, porque si algo hay útil

para la República Argentina es que se sepa en el extranjero, que aquí la agricultura es capaz de competir y de vencer á la agricultura de otras partes. Sólo se necesita una condición: que el capital y la tierra para la agricultura, sean á oro: que los gastos que tenga el trigo para hacerse, sea en oro también, y no que por las oscilaciones de la mala moneda esos gastos crezcan. Porque no es lo mismo cuando se hace la cosecha, en que el arar, el sembrar y el trillar se ha pagado en una moneda estable que cuando se hace en una que crece de un día á otro.

No tengo á este respecto duda ninguna. Si el trigo que en su mejor precio internacional ha valido once francos, hubiera tomado á la República Argentina, como en 1895, en que como decía el señor diputado O'Farrell, el precio fué de 5,10 papel, por razón del cambio, pues entonces el cambio se encontraba á 350; digo que si hubiera tomado entonces, á la agricultura hecha á oro en la República Argentina, ésta hubiera sido siempre de rendimiento considerable. Ocho francos y ochenta hubiera sido el costo interno del trigo, para venderlo en el exterior á once francos, y este que es el precio más bajo que haya tenido este cereal en el mercado internacional, porque el precio regular del trigo es de quince francos, habiendo llegado á 25.

Se nos ha dicho que la ganadería en su gran desarrollo, en la República Argentina, no necesita de una prima, como sucede con el caso de la desvalorización.

Es cierto, señor presidente. La ganadería que está hecha en las condiciones de algunas de las regiones del país, efectivamente no necesita absolutamente de una prima. Pero no es lo mismo, señor presidente, tratándose de la ganadería que está hecha en las provincias, en donde ha sido siempre necesario devolver el capital invertido en ella á razón de dos por uno. Allí la ganadería no prospera como se cree; allí la ganadería, como sucede en la provincia de Entre Ríos, lejos de prosperar, se encuentra retardada. En diez años hemos disminuido las vacas de 4.500.000 á 2.300.000.

Es que ahí, señor presidente, á cada novillo, á cada vaca que se vende, hay que fijarle una suma que es el doble de la que se empleó cuando se compró. Como cada novillo, cada vaca que se vende, vale siem-

pre diez ú once pesos oro, resulta que esos diez ú once pesos disminuyen á la mitad, puesto que el capital á papel que se ha empleado para hacerlas producir, es lo que hay que cubrir, y entonces tienen que venderse dos vacas por una para pagar el capital.

Esta es la verdadera situación de la producción. Y entonces yo digo: ¿qué es lo que interesa á la conservación de esta situación económica cuya demostración he hecho? Lo que necesitamos es consolidarla; lo que necesitamos es conservarla, es hacer que prospere y no hacerla cambiar de posición, no hacerla variar. Por lo que hace á la ganadería, lo reconozco, cualquiera valorización habría podido traer la ruina de millares de ganaderos; sí, señor presidente, yo sé perfectamente que esto habría traído una crisis local; que se habría cometido una injusticia obligando á hacer el servicio de un capital doble del que recibieron. Pero, señor presidente, aunque es verdad también que la riqueza económica de la nación no habría desaparecido con la ruina de algunos millares de ganaderos, porque las vacas de un estanciero que se arruinara habrían pasado á poder de otro sin que la República Argentina hubiera perdido ni las vacas ni el campo, en cambio sé que si la agricultura no da rendimiento al que la trabaja, forzosamente hemos de tener la emigración, como empieza á producirse en algunas provincias. Y esta emigración se ha de producir, no tengo la menor duda. Ayer no más hemos tenido la declaración del jefe del departamento de inmigración, señor Alsina, que nos decía en la comisión de presupuesto: si desgraciadamente el trigo no se vende con utilidad, la emigración será enorme, como no son ustedes capaces de imaginarlo.

Bien, señor presidente; á lo que yo aspiro y á lo que creo debe llegarse por esta ley es á mantener lo que ha costado tanto trabajo, lo que ha costado tanto esfuerzo en la República Argentina, á aumentar la producción sin hierirla de muerte, sin destruirla para volver á llevar el oro arriba y empezar de nuevo á hacerla aumentar para traerlo abajo, porque ésta lo que necesita real y efectivamente es que la moneda sea estable.

Ahora, señor presidente, respecto de lo

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

que importan las cifras comparadas de nuestros servicios exteriores con nuestra producción, resulta sencillamente esto: si es mayor nuestra producción que toda la cantidad necesaria para nuestros pagos exteriores, ese saldo de oro que venga será una fortuna que acumulará el país, ese será el oro del porvenir y ese ha de ser el que resolverá la cuestión de la conversión.

Vamos ahora, señor, á pasar á otro capítulo, á la valorización frente á la deuda nacional. Sin entrar á los detalles y estableciendo como creo de una exactitud absoluta las cifras que voy á dar,—creo que coinciden con las cifras dadas por el señor diputado Mitre,—la deuda exterior de la nación, ya descontados los títulos de ciertos empréstitos, que existen en las cajas del gobierno porque no han sido nunca emitidos, es de 317.667.000 pesos oro, y la deuda interior es de 18.304.200 pesos oro. La deuda nacional interna á papel es de 102.000.000. Esta deuda establecida fijamente á razón de 44 centavos oro representará 44.880.000 de pesos oro. Total la deuda, 381.000.000 de pesos oro. Esta deuda equivale á 84 pesos oro por habitante en la República.

Aumentada la deuda del papel moneda ó sea pesos 285.000.000 que á 44 centavos oro forman pesos 125.400.000 oro, el gran total será de pesos 506.400.000 igual á pesos 112 oro por habitante.

¡Es enorme! Hemos contraído una deuda que si no está más allá de lo que puede soportar un país de 4 millones y medio de habitantes, es sin embargo muy comprometedor.

Es conveniente, sin embargo, dejar constancia de que el país no lo ha dilapidado todo, pues los puertos, ferrocarriles, edificios, arsenales, marina, obras de salubridad, etc., etc., representan 250.000.000 de \$ oro.

Pero, señor presidente, ¿qué es lo que se nos propone por el sistema de valorización y que es lo que se nos propone por medio de esta ley?

Voy á decirlo. Si los 285.000.000 de pesos nominales que representa el papel en circulación, que á 44 centavos oro representan como deuda nacional 125.575.000 \$ oro, se les hace por medio de la valorización 285.000.000 \$ oro; si á la deuda inter-

na de 102.000.000 papel, contraída casi toda á un tipo inferior á 44 centavos, se la hace igualmente á oro, 102.000.000, los 112 pesos por cabeza se habrán convertido en 160 pesos por cabeza, y la deuda de 506.000.000 se habrá vuelto de 723.120.000, por la valorización.

Esto es lo que se propone por la valorización: que el país haga crecer su deuda propia en 275.000.000 de pesos oro; y no se podrá demostrar lo contrario cualquiera que sea la forma en que sea afrontada la cuestión.

Esta es la proposición neta respecto de este asunto; á no ser, señor presidente, que se pretenda en alguna forma decir que esta deuda no se va á pagar; pero, como forzosamente se conviene que científicamente no se puede sin una cantidad de oro, sin una moneda sana, volver al oro, es preciso imponer cargas equivalentes al país.

Y bien, señor presidente; la deuda nacional á oro no crece porque el papel vaya arriba ó abajo; la deuda nacional es siempre la misma.

Pero, señor presidente, si en la cuestión de la moneda sólo hubiera de verse las relaciones del estado con los particulares, tal vez la cuestión ofrecería mucho menos dificultad, tal vez sería cuestión de medir los esfuerzos hechos ó á hacer por el gobierno y el país, en favor del país, ó de una parte de él. Pero, la cuestión es bien distinta cuando es preciso apreciar la cuestión del papel moneda en las relaciones entre particulares. Y este es el punto que nadie ha tocado, que nadie ha tocado yo no sé por qué razón.

El código de comercio establece que el mayor término de deuda es el de diez años. Todas las deudas que hoy se tienen contraídas por la agricultura, por la ganadería, y por todos los hombres de cualquier industria, por San Juan, por Mendoza, por Tucumán, Entre Ríos, Santa Fe, etc., etc., por los que trabajan en el vino, en vacas, trigo ó en el azúcar; todas esas deudas, señor presidente, han sido contraídas después de 1890, y todas esas deudas contraídas después de 1890, á un tipo cuyo término medio está arriba de 300, amenaza volverse con la valorización á 180, por ejemplo, al doble de lo que se debe, al doble, en beneficio de un acreedor que no ha

tenido nunca el capital adquirido en la época del estado regular del oro, sino capitales que han sido acumulados durante el período de la inconvención, es decir, del régimen del curso forzoso.

A este respecto conozco un caso de mi provincia, que voy á citar, porque creo que traduce la situación general.

En enero de este año una persona de mi relación, del departamento de La Paz, trabajador como el que más y muy digno de aprecio, fué á llevarme una consulta.

Era propietario de una legua y media de campo; en 1895 había tomado 17.000 \$ papel para devolverlos al cabo de cinco años, ó sea en el año 1900. Ese hombre había comprado vacas, es decir, había emprendido la más noble industria argentina. había empezado á colaborar, á formar la riqueza nacional. Ese hombre, que había tomado 17.000 pesos al 12 % de interés anual (por allá esto no es usura) hipotecando su campo á cinco años de plazo, se encontraba fundido en 1899, y la razón de esta consulta era que ese hombre no podía explicarse cómo el primer año, habiendo comprado mil vacas, sus novillos vendidos á 10 pesos oro, le habían dado para pagar los gastos y los intereses y para amortizar 500 pesos del capital; y sin embargo, el segundo año, habiendo vendido los novillos á 11 pesos oro, no le habían dado para satisfacer los gastos é intereses ni para amortizar un céntimo.

A ese hombre le había sucedido lo siguiente: su acreedor le había dado 17.000 pesos papel, que en la época en que se los dió sólo representaban 4.496 pesos oro y cuando me consultaba, en enero pasado, habían crecido á 8400 pesos por la valorización (el papel estaba á 204 %): es decir, para pagar necesitaba doble cantidad de vacas de las que había comprado: vendía invariablemente sus novillos á 10 y 11 pesos; el hombre trabajaba con empeño, y sin embargo su capital no alcanzaba á pagar sino la mitad de lo que debía, y por la otra mitad tenía que vender el campo, que á su vez no valía sino la mitad de su antiguo valor. (*Muy bien!*)

Esta es la situación que se pretende diseñar; pero esta es la situación verdadera del agricultor, del ganadero, que han hecho la industria en esta forma, porque los capitales interiores, lo que se debe á los

bancos—al Banco hipotecario nacional, al Banco de la Nación—las hipotecas de particulares, lo que se debe al comercio, todo lo debe esta industria, que constituye la riqueza de la nación, está en idéntica situación. Y nótese que yo no estoy abogando por esas industrias que el señor diputado O'Farrell declaraba malsanas, que tienen una vida artificial. Él sabe que á ese respecto pienso como él; él sabe que yo creo que la República debe procurar mantener la producción de manera que la exportación sea mayor que la importación: Yo sé que esta es la única forma de salir de esta situación, sin que esto quiera decir que no crea el trabajo nacional, que no crea que muchas de las industrias interiores de la nación no sean muy dignas de que se las tenga en cuenta.

Es claro: si toda esta fortuna pública y privada de la nación que ha crecido al doble en los últimos diez años la hubiéramos hecho toda á oro, si este hubiera sido el régimen, todos estaríamos ganando como en el caso del acreedor del ganadero. Tengo yo aquí las cuentas que, para no fatigar á los señores diputados, no quiero repetir. ¿Saben lo que hubiera sucedido á ese pobre hombre que tanto había trabajado por su país y que estaba ya próximo á vender su campo y que se lo van á rematar dentro de cuatro meses? ¿Cuál sería su situación actual después de haber tomado en préstamo los 4.496 pesos oro que necesitaba para comprar las 1000 vacas en 1895? Hubiera pagado la mitad de lo que debía y tendría hoy 1200 vacas. Sin embargo, se encuentra en una situación completamente contraria, y esto debido á una ley que le hizo una mala moneda...

Sr. Gómez (L.)—¡Es claro!

Sr. Berduc—...moneda que se quiere conservar por la razón de que no se debe intervenir en la moneda, como si no se hubiese intervenido en ella cuando se obligó á recibir esa moneda á estos hombres que representan la riqueza nacional. (*Muy bien! Aplausos.*)

Señor presidente: voy á considerar este asunto de la desvalorización con relación á los impuestos.

Se dice que en la República Argentina la desvalorización encarece enormemente los impuestos. Es cierto y no lo es; pero

lo que es absolutamente cierto es que la valorización los ha hecho crecer mucho más. Ya lo vamos á ver.

Debo hacer notar que de algún tiempo á esta parte se ha atribuido... se necesitaba atribuir á alguna cosa este hecho que se producía visiblemente y que se sentía por todo el mundo: la vida no se abarataba, las cosas seguían como antes. Algo debía tener la culpa; y la culpa la tenía, la debía tener, el impuesto adicional de 10 por ciento á la introducción.

Y no vayan á creer los señores diputados que yo sea un hombre que abogue por los impuestos. Muy lejos de eso; mi mayor aspiración sería que no hubiera ninguno. Pero sí deseo establecer la absoluta verdad de estas cosas.

Los impuestos nacionales para 1900 son 36.981.000 pesos oro; más 4.500.000 pesos oro que representa el 5 por ciento adicional á la importación, que se conservarán si estos proyectos se hacen ley, ó sea un total de 41 millones y medio de pesos oro.

Los impuestos á papel son 60.872.000 pesos, que, á 44 centavos oro el peso, son 26.773.000 pesos oro. Total de impuestos á oro, 68.264.000 pesos.

Pero como aquí, dentro de esta renta nacional, hay diversas sumas que provienen de servicios que la nación presta, digamos, por razón de ferrocarriles, obras de salubridad, etc.; hay que disminuir, entonces, 3.071.000 pesos oro por tal concepto. Total, lo que constituye propiamente el impuesto nacional, 55 192.000 pesos oro, ó sea 12 pesos 56 centavos oro al año por cabeza, incluido el impuesto adicional de 5 por ciento, que es un peso oro, por cabeza de habitante en la República.

Pero, señor presidente, en la República no hay solamente un tesoro nacional.

La República, además de sostener el tesoro de la nación, debe sostener todos los tesoros provinciales y locales. Y, entonces, tenemos que agregar á esta cifra de \$ 12,56 oro por cabeza que se paga al gobierno nacional, lo que importan las contribuciones locales y provinciales, que son las siguientes: 37.940.000 \$ $\frac{m}{n}$, que importan los impuestos provinciales, y 29.886.000 \$ $\frac{m}{n}$, que representan los impuestos municipales, es decir, un total de 67.826.000 \$ $\frac{m}{n}$, que á 0,44 \$ oro son 29.843.000 \$ oro, ó sea

6,55 \$ oro por habitante al año, que unidos á los 12,56 \$ oro de la nación representan un impuesto de 19,11 \$ oro por habitante, por todo impuesto al año.

Muy bien; vamos á aplicar ahora la valorización, y se va á ver que cuando se toma como término esta moneda inestable, esta moneda condenada, la valorización favorece al impuesto y la desvalorización lo perjudica. Pero cuando se toma el oro como término de comparación, cuando es á la producción del país á la que se debe cargar este impuesto, vamos á verlo crecer enormemente por la valorización. Supongamos que la valorización está hecha.

¿A cuánto habrán llegado estos impuestos nacionales que representan 19,11 \$ oro por cabeza al año?

Habrán llegado, por el arte de la transformación, á hacerse tantos pesos oro como pesos nominales de papel.

El total de los impuestos será de pesos 170.179.000 oro, lo que importa 37,80 por habitante, es decir, que la capitación de 19,11 se habrá convertido en 37,80.

¿Cuál es el remedio?

¿Disminuir los impuestos? ¿Para qué voy á entrar en una disertación á este respecto? No necesito preguntarles á los señores diputados si creen que puedan reducirse á la mitad los impuestos en sus provincias. Es verdad, lo que ha sucedido aquí, real y positivamente, es que todos estos impuestos que hemos establecido, se han ido aumentando por las leyes á medida que el papel se desvalorizaba; y así como crecía y se encarecía la vida nacional, en lo cual estoy de acuerdo con el señor diputado Mitre, así también han crecido estos impuestos de carácter nacional, local ó provincial con la valorización, desde que las tasas de imposición son las mismas.

Pero, es que á pesar de haber crecido tanto las unidades con que se pagan, que tienen un poder adquisitivo del doble, continúan siendo las mismas, no se han disminuido los impuestos. Las apreciaciones sobre la contribución directa son iguales, son iguales las tasas del impuesto y ellas no se pueden bajar. ¿Por qué no se pueden bajar? Porque no se pueden bajar los gastos de la administración; y no se pueden bajar los gastos de la administración,

porque no se ha abaratado la vida. ¿Y por qué no se ha abaratado la vida? Porque la vida es otra cosa distinta de lo que se quiere que sea, de lo que comunmente se establece.

Vamos á verlo después. Aquí he hecho la escala de cómo la valorización del billete establece un mayor impuesto provincial y un mayor impuesto nacional, y es la siguiente: cuando el oro baja diez puntos, en el impuesto á papel se hace un encarecimiento de estos impuestos de 2.521.000 pesos oro, cuando esta baja de diez puntos, se realiza entre 230 y 220. Pero como tratándose de la valorización los diez puntos van creciendo enormemente, así diremos: si se trata de la desvalorización de 10 puntos, de 300 á 310, los diez pesos papel valen 3 pesos 33 centavos, oro; pero, si se trata de la valorización de 200 á 190, los diez pesos papel se habrán convertido en 5 pesos oro.

Esta diferencia tan enorme en uno y otro caso, hace que sea más sensible el caso de la valorización, que el de la desvalorización. Y así diremos: si estos diez puntos disminuyen de todos estos impuestos á papel, entre 180 y 170, lo que habrá resultado es que todo el país se habrá recargado por los impuestos en 4.120.000 pesos oro, y en cambio todo el impuesto adicional sólo alcanza á 4 millones y medio de pesos oro.

Impidiendo que esto ocurra yo pregunto, señor presidente: ¿no habrá salido ganando toda la República entera, tanto más cuanto que los impuestos locales van directamente, como sucede en la provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza, Entre Ríos, etc., etc., sobre esa producción que tanto queremos mantener? ¿Acaso podemos negar que los impuestos locales, como son los impuestos de Entre Ríos, que van sobre la ganadería y la agricultura, van directamente acrecentándose en la proporción de la valorización?

¿No se sabe que en Santa Fe, su presupuesto de 4 millones y medios de pesos se paga, por lo menos en su mitad, con la agricultura; que ese presupuesto, con el oro á 300, sólo representaba hace dos años 1.500.000 pesos oro, y que hoy ya ese mismo presupuesto representa un valor de 2.000.000 de pesos oro?

¿Y se ha podido bajar los impuestos? Nó; no es posible hacer esto, cuando en un país se vive durante tantos años bajo un

régimen determinado. Es imposible buscar nivelaciones, cuando esas nivelaciones no existen en la práctica.

Señor presidente: muchas veces, durante este período de diez años, en que el país se ha encontrado con que la moneda ha llegado á 400 y ha venido á 200; muchas veces, digo, he reflexionado sobre la situación creada á los habitantes de la República con relación á los medios de que cada uno pudiera disponer. Veía siempre encarecerse, en moneda nacional, la vida, á medida que la depreciación se producía; veía que un alquiler que valía 30 pesos llegaba á 100; que un servicio que costaba 30 pesos, el de cochero, por ejemplo, llegaba á valer 100; que un arrendamiento cualquiera que se había pagado 30 pesos, se elevaba á 100. Todo crecía en esta proporción; la provisión, la comida, el mercado valía 100, en la proporción de 3 á 1. Todo, en fin, crecía en esa proporción.

Sin embargo, señor presidente, yo no ví durante el estado de desvalorización, cuando nos encontramos con el oro á 350 ó 400, una agitación como la que he visto cuando el papel llegó á 200; yo no he visto ni meetings ni protestas del comercio; absolutamente ninguna manifestación pública que demostrara inquietud. ¿Por qué se produce este hecho?

Lo que ocurre es lo siguiente:

Los costos de la vida con el papel desvalorizado, no se cambian: son los mismos costos con el papel valorizado, por la costumbre en los precios, por las modalidades en que cada uno se mueve. Y así, si un peso costaba una hora de coche con el oro á 40, ó sea 25 centavos oro un peso cuesta ahora con el papel á 44 centavos, y un peso costará mañana cuando valga más y siempre y en todas las cosas que gastamos. El hotel de los señores diputados que vienen de las provincias, les cuesta hoy, con el oro á 240—creo que ha bajado—exactamente lo mismo que cuando estaba á 400, ni un peso más ni un peso menos. Los alquileres lo mismo; el mercado igual, todo absolutamente igual. Los impuestos municipales son iguales.

Y ahora vamos á ver cómo es esto. Vamos á reducirlo por un momento á cifras, porque he estudiado esta cuestión del lado contrario.

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.^a Sesión de prórroga.

Vamos á ver si tenemos fuentes bastante autorizadas para saber lo que consume un habitante, y para esto voy á tomar como modelo á la capital. Y diré la razón.

En una provincia, como Entre Ríos, por ejemplo, tendría que calcular el mayor bien ó el mayor mal que le pueden hacer los proyectos, ó sea la desvalorización, como se le llama, ó la fijación, como le llamo yo, de 227. Porque, de un lado, están como productores de esta industria, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y Buenos Aires; dos millones de habitantes, que son los que constituyen los hombres de trabajo de la República Argentina y que son los que realmente contribuyen á hacer el bienestar de la capital de la República, que está del otro lado. De eso vive la capital.

Cuando hay mucha lana, mucho trigo, mucho cuero, muchos novillos, la capital de la República tiene mucha plata; aquellos hombres tienen más plata y gastan más, y por consiguiente afluje más dinero á la capital.

Por esa razón voy á tomar como modelo la capital de la República, como he dicho, que es donde se hace más resistencia á los proyectos, porque se dice que encarecen la vida.

Lo que nosotros introducimos, según la apreciación más autorizada, en el país, para el consumo nacional, son 70 millones de pesos oro.

¿Por qué no digo que son 86 millones, 85 ú 80, como decía cuando al referirme á la tarifa aduanera observaba que había un error en la apreciación de los artículos de introducción? Digo 70 millones, porque en esta suma no están incluidos los artículos libres de derecho, puesto que estos artículos no constituyen absolutamente cantidad alguna en el consumo cuyo precio es á oro, lo constituirán como precio á papel, una vez que la materia prima haya sufrido su transformación; de manera que cuando se ha traído un artículo para ser transformado en cualquier cosa, cuando haya sufrido la transformación industrial, entonces se venderá exclusivamente á papel. No es, pues, este un consumo á oro.

Setenta millones de pesos oro, más los impuestos nacionales á oro, comprendido el 5 %, son 134 millones de oro como precio del consumo extranjero. Este consumo propiamente dicho es de pesos 23,11 oro

por cabeza anual, lo que importa una cuota de un peso y 92 centavos oro mensual.

Veamos el camino que esta cuota de 1,92 oro por mes ha debido hacer con la apreciación del papel moneda. A 350, ó sea á 28 1/2 centavos oro por peso, esta cuota representa como contribución de cada habitante de la capital, 6 pesos 72 centavos; á 33 centavos y un tercio, oro á 300 %, 5 pesos 76 centavos; á 40 centavos ó sea á 250 por ciento el oro, 4 pesos 80 centavos; á 44 centavos ó sea á 227 por ciento, 4 pesos 36 centavos; á 50 centavos, ó sea 200 por ciento, 3 pesos 80 centavos, y finalmente á 55 centavos y medio, ó sea 180 por ciento, á que estaría el oro, según creo, á no haberse enviado estos proyectos, 3 pesos 45 centavos.

Si los precios de los artículos de consumo hubieran disminuído en la misma proporción de la valorización, los habitantes de la capital de la República estarían pagando 3 pesos 45 centavos moneda nacional.

Por supuesto que tal cosa no ha sucedido, pues que hoy valen las cosas como valieron antes; pero supongamos que, en efecto, hoy la cuota de pesos 1.92 oro mensual hubiera disminuído en las proporciones de la valorización de 4.33 pesos papel, en vez de pesos 6.72 que costaba con el oro á 350 % (hago notar á la honorable cámara que el adicional aduanero está comprendido en la cuota calculada y que no puede ser causa de pretexto invocado para no abaratar el consumo); suponiendo que se hubiera abaratado á 227, eso es lo que en la vida nacional hubiese producido como economía por la valorización.

¿Pero la vida de los habitantes de la capital se compone solamente de esta cuota? ¿Una persona de la capital vive solamente del consumo exterior? ¿Y los alquileres? ¿Y los impuestos municipales? ¿y el mercado? ¿y los tramways? ¿y los coches? ¿y los sirvientes? ¿y en fin, todo lo que constituye las necesidades de la vida de un hombre? Seguramente que esta cuota de gasto interior á papel es mucho mayor que la otra á oro. El consumo de la población de la capital de la República apreciado muy bajo, muy bajo, no es menos de 20 pesos papel al mes por cabeza, comprendido ese 1,92 oro de los artículos importados. Es decir, que los 20 pesos papel,

estando el oro á 350, se descomponen, por razón del consumo exterior, en 6,72 papel, y por razón del consumo interior, en 13,28 papel.

Y bien, señor presidente; veamos cuánto valen los 13 pesos 28 centavos papel de los gastos interiores. A 350 valen 3,79 oro; á 300, 4,42; por último á 180, 7,37. Es decir en un caso ha aumentado de 3,79 á 7,37, en otro caso ha disminuido de 6,72 á 3,45.

¿En qué caso se ha encarecido la vida? Porque al fin y al cabo, es preciso que no nos hagamos ilusiones: ahora se vive real y positivamente del trabajo, de la producción nacional; es á esta á la que habrá que pedir en definitiva todo el esfuerzo.

Y bien; esta apreciación que yo hago, respecto á la cuota de 20 pesos no es exagerada. Y creo que no lo es, porque solamente los impuestos locales representan la cifras que voy á dar: impuestos municipales, 15 millones, que con el oro á 350 importaban 4.222.000 de pesos oro, pedidos á los habitantes de la capital. Con el oro á 227 son 6.660.000; con el oro á 180, son 8.333.000; con el oro á la par 15.000.000, de pesos oro, en vez de pesos 4.222.000, como fué la cuota cuando se crearon los impuestos.

Pero, señor presidente, es que los impuestos locales no son sólo los nacionales: son 15.000.000 de impuestos municipales, 5.000.000 de obras de salubridad, 6.000.000 de patentes, 6.000.000 de contribución territorial, y por último 5.000.000 de papel sellado, calculando las cuatro quintas partes de todo el impuesto, porque en el resto de la República no se consume casi.

Todos estos impuestos se aumentaron á medida que la desvalorización se producía.

Hago notar que los impuestos á oro que corresponden á la capital son 19,11 pesos oro, lo nacional; y lo que corresponde á impuestos locales en papel es 46,25 pesos por cabeza.

Pues bien: á estos 46,25, ¿por qué no se les atribuye los efectos del 5 % adicional aduanero, que al fin y al cabo no representan en la capital más que 800.000 pesos al año, cuando cada diez puntos de valorización corresponden á 3.700.000 pesos de aumento sobre los impuestos á papel? ¿Por qué no se pide la disminución de estos impuestos locales como más nocivos? ¿Por

qué no se pide que se disminuya el presupuesto de la nación y el de la municipalidad en la proporción correspondiente para que corran exactamente en igual proporción á la valorización?

Yo preguntaría aquí á nuestro distinguido colega, el señor presidente del consejo nacional de educación, si cree que puede disminuirse en la capital el presupuesto de instrucción pública, es decir, si se puede reducir á la mitad de lo que tienen ahora los sueldos de los maestros?

Yo quisiera preguntar á los señores diputados que han sido miembros del concejo deliberante de la capital, si creen que pueden ser disminuidos á la mitad los impuestos locales.

No, señor presidente; estas cosas no se pueden hacer. Lo que se puede hacer es mantener los sueldos, fijarlos, no dejarlos mover.

Si hoy los impuestos locales representan pesos 46,25 papel ó sea 20,35 pesos oro, hay que consolidarlos, no agrandarlos. Este es uno de los objetos de esta ley: buscar el equilibrio, la normalización, la estabilidad á un tipo dado.

Veo, señor presidente, que empiezo á ser demasiado largo y no lo deseo.

Vamos ahora directamente á los proyectos.

Dije hace un momento que el proyecto presentado por el poder ejecutivo que fija la relación que debe existir entre el papel y el oro en la época de conversión futura, y el atesoramiento que también se impone, no son una cosa nueva.

Efectivamente, eso mismo es lo que se hizo en la provincia de Buenos Aires en 1863, cuando se dispuso que el papel se convirtiera cuando se hubiera reunido los fondos en la proporción de 25 por uno. Igual cosa se hizo en 1867 cuando se abrió la oficina de cambio.

En 1863 lo que se hizo fué lisa y sencillamente comprometerse á cambiar el papel á ese precio cuando se tuviese el oro, cuando llegará la ocasión.

Establecer que se resuelve ir á la conversión en ese período, que yo llamo proceso preparatorio, se ha hecho también en Rusia.

A este respecto no voy á leer mucho.

Tengo aquí el mismo libro de Lorini,— que en parte nos ha hecho conocer el se-

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

ñor diputado Mitre,—cuya autoridad no es discutida.

Fué enviado por el gobierno de Italia á hacer un estudio de la conversión en Rusia, dice: «Sin embargo, fué en 1887 que la fijación de un cambio inmutable se impuso como un programa bien neto de gobierno.» Hago notar que la conversión en Rusia no se afrontó sino el 1º de enero de este año, de tal manera que doce años antes ya se establecía netamente esta decisión gubernativa.

Sr. Mitre—Como programa de gobierno.

Sr. Berduc—No, señor diputado, vamos á verlo.

«En una sesión del comité de las finanzas, en el mes de junio de 1887, Vichnegradsky (ministro de hacienda), declaró abiertamente que la relación entre el rublo del papel y el rublo á oro no podía ser sino la de uno á uno y medio», (es decir, la conversión de un peso oro por un peso y medio de papel), «y que sería necesario al mismo tiempo reforzar el fondo de conversión antes de soñar en abolir sobre esta base el curso forzoso.» *Antes de soñar en abolir.* Porque esto es lo que debe pensarse dos veces: cuando es que el país tiene real y positivamente el momento serio y seguro de una situación que le permita afrontar el paso. Desde años antes ya se establecía esto.

Sr. Mitre—En la discusión del proyecto que realizó de Witte.

Sr. Berduc—Permítame.

Continúa Lorini: «y propuso claramente al comité la cuestión siguiente: A saber: si se debe tender á elevar progresivamente el rublo de papel á la par para mantenerlo allí» (es decir, si se debe tender á la valorización del papel gradualmente para mantenerlo) «ó si se debe tener por único objeto dar estabilidad al valor corriente» (al que tenía entonces), «ó muy próximo al cambio actual, y retener á ese mismo cambio los pagos en metálico.» (¿Cuándo? En el porvenir). «El comité no vaciló en declararse abiertamente en favor no solamente del segundo sistema, sino también de la ecuación indicada» (de uno á uno y medio).

«El acta fué firmada por Reutern Salsky, Palovtson, Bunge, Vischosedradsky, Thörner y Ziemssen, los más bellos nombres que contienen los recientes anales financieros de la Rusia. Debajo de esta acta, Ale-

jandro III escribió de su propia mano la fórmula decisiva: «*A ejecutarse.*»

Y esta es una ley en Rusia, este es el *ukase* que establecía doce años antes que el gobierno convirtiera el papel sobre la base de uno por uno y medio.

Sr. Mitre—Pero no lo hacía ley. Justamente es el defecto de estos proyectos: que improvisan, no realizan.

Sr. Berduc—No improvisan estos proyectos. Si el gobierno dijera: se declara que el papel será convertible, sería la misma cosa.

Sr. Mitre—Yo me permito interrumpir, y pido disculpa al señor presidente, porque en las citas del señor diputado hay algo como una rectificación de las citas que yo he hecho de Lorini.

He leído á Lorini con mucho detenimiento, y resulta que ese consejo de gobierno discutió los puntos de la reforma, pero no se aplicaron en seguida: demoraron desde el año 1887 hasta el 1898, once años en ponerlos en práctica.

Sr. Berduc—En cuyos once años, como no se estableció ninguna medida, los rublos llegaron á valer, unas veces 50, kopeks, y otras 80, en cuyos momentos el ministro de hacienda tuvo el derecho de poner en circulación rublos papel á 65 1/3, no obstante estar valorizado á 80 kopeks.

Sr. Mitre—Vendiendo oro.

Sr. Berduc—Vendiendo papel, que era su verdadero objeto, y lo bajo á 67.

Ya ve cómo entonces en Rusia no solamente se hizo la declaración como programa de gobierno, sino que se puso en ejecución los proyectos.

Sr. Mitre—No se dictó la ley.

Sr. Berduc—No se dictó porque no era necesario.

Sr. Luro—El emperador de Rusia autorizó al ministro á emitir rublos de papel á 66 y dos tercios por ciento para desvalorizar el papel, que la plaza, y sobre todo la especulación de Berlín, había llevado hasta 80 por ciento. De manera, que dentro del régimen autocrático de Rusia, el rescripto del emperador importaba una ley, una ley vigente que le permitía al tesoro emitir papel.

Sr. Mitre—Yo leí in extenso, y no volveré á repetirlo, todas las medidas que se tomaron en Rusia para llegar á la conversión.

Sr. Berduc—Es exacto, y yo no me he referido á que se tomaran en Rusia, ni á que no se debían tomar aquí, en el momento oportuno, en que vamos á cambiar el papel por oro. Yo solamente quería establecer con esto que es indispensable la declaración previa de la relación del papel con el oro, porque sólo así se conoce cuanto oro se necesita para hacer la conversión y para saber cuáles es el tipo, alrededor del cual se debe establecer el equilibrio.

Y en la India, ya había dicho, como uno de los pueblos, tal vez el primer pueblo de la tierra en cuanto á su razón pública, la Inglaterra ha hecho exactamente lo que hacemos nosotros.

Voy á hacer una relación rapidísima de cuál es la cuestión indiana.

En la India se había vivido bajo el régimen de la moneda de plata, que se llama rupia, y que podía ser acuñada libremente. Esta libertad no es otra que la concesión hecha por el gobierno inglés á tres casas para acuñar moneda.

Su valor es de 24 peniques. 24 peniques son exactamente la mitad de uno de nuestros pesos, 50 centavos oro. Esta moneda de plata, señor presidente, á medida que fué disminuyendo el valor de la plata, en el mercado universal, disminuyó también de valor. Primeramente valía 24 peniques, después valía 20, después 19,—estuvo tres años á este tipo—y bajó á 18 peniques en 1892.

Alarmado el gobierno de la India por esta situación propuso desde luego pasar inmediatamente al régimen del oro, y dijo: á la India le trae numerosas perturbaciones la desvalorización. En esto estaba el juicio y la previsión. Y como le traía grandísimos inconvenientes en su vida regular la desvalorización, propuso pasar al régimen del oro, es decir, convertir las rupias por oro, y para el efecto pidió un empréstito de veinte ó treinta millones de libras. Se nombró entonces una comisión, que se llamó comisión Hershell, la cual se expidió en 1893, diciendo: No conviene pasar de la moneda de plata á la moneda de oro. Es indispensable antes prepararse y esta preparación consistirá en lo siguiente: 1º, en que el gobierno de la India prohíba la libre acuñación;—como si nosotros dijéramos que se prohi-

ben las emisiones de papel inconvertible, que felizmente están prohibidas en el hecho desde 1892; 2º, que el gobierno de la India pueda acuñar las rupias para darlas á quien las solicite al cambio de 16 peniques. Entonces estaban á 17. Era igual que si nosotros hubiéramos dicho: vamos á cambiar nuestro papel por oro, al cambio de 227; pero que esto lo hubiéramos dicho estando el oro al 300.

Sin embargo, las rupias descendieron de 17 á 16, después á 15, 14 y por fin á 13 después de 1893, es decir, nadie llevó al gobierno oro para que le diera en cambio rupias, después que declaró abierta la oficina en la cual se podía hacer el cambio. Nada tenía que hacer la ley. Sería lo mismo que si en nuestro caso la caja de conversión no tuviera la ocasión de que le llevaran oro para cambiar por papel al tipo de 227 si el tipo de cotización se conserva arriba.

Pero la India empezó á producir mucho; empezó á tener una mejor situación económica; su exportación se hizo mucho mayor y desde 1893 á 1898 llegó á tener esta situación: la rupia volvió á valorizarse y en tres años subió de 13 peniques á 16, y entonces, señor presidente, empezaron á llevarle oro en cambio de rupias.

Bien; el gobierno de la India que tenía ya esta situación económica favorable, consultándole al gobierno de Inglaterra, le decía al principio de este año: ya es el caso de pasar al régimen del oro.

Se nombró otra comisión, compuesta de los hombres más importantes que tenía Inglaterra. ¿Qué aconsejó esta comisión? ¿Qué se pasase al régimen del oro? No; que no se pasase á ese régimen; que se fijase definitivamente el precio de 16 peniques por rupia; que ésta se pudiera continuar acuñando por el gobierno en la India y cambiándose á ese tipo por oro y que el oro se fuera guardando, hasta que llegara otro momento, hasta que realmente fuera tan sólida la situación económica que se pudiera afrontar la conversión.

Y, señor presidente, ¿por qué en la India no se desarrolló esta teoría de que la valorización de la rupia iba á importar mayor riqueza? ¿Por qué, cuando llegó á 16 peniques, no se le dejó subir á 24? Y nótese que esto de bajar la rupia á 13 y subir á 16, nada tenía que hacer con el valor de la

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

plata; la plata ha ido valiendo menos. Esas oscilaciones se referían solamente al valor económico en las relaciones internas de la India.

¿Por qué allí no se ha pedido que se vaya valorizando la moneda? Porque no se ha creído que ello fuera una solución favorable? Sencillamente porque lo favorable para la India era obtener la estabilidad de la moneda, que es, precisamente, lo que á nosotros también nos conviene. Voy á leer el informe de la comisión del mes de septiembre último, en sus conclusiones de indiscutible importancia para la cuestión que se debate.

«Nuestra opinión, dice el informe, es en consecuencia que el tipo permanente debe ser aquel fijado anteriormente en carácter provisional, tipo que es igual al que hoy rige en plaza, es decir, *16 peniques por rupia*».

«En conclusión, deseamos dejar constancia de nuestra opinión de que el restablecimiento efectivo del régimen á oro es de suma importancia para los intereses materiales de la India. Con la estabilidad en los cambios no sólo se promoverá el adelanto de su comercio actual, sino que también habrá todas las razones para esperar que, con el crecimiento de la confianza en la estabilidad de los cambios, se conseguirá atraer libremente la afluencia de capitales que promoverán el desarrollo de sus grandes recursos naturales. Para llegar á estos objetivos será muy necesario que el gobierno de la India, á quien incumbe decidir de la ocasión en que será más conveniente adoptar las medidas ulteriores, *atesore los recursos de que dispone, practique economías efectivas y restrinja el aumento de sus obligaciones.*»

Parece que se hubiera hecho para nosotros este uniforme; parece que nosotros hubiéramos nombrado la comisión inglesa para que nos resolviera la cuestión.

Y si no fuera por no tomar mayor tiempo á la cámara, yo leería la gran discusión que se promovió dentro de esa comisión y se encontraría que en ninguna parte se ha sostenido la tesis ni de la valorización, ni de la conveniencia de pagar más por la moneda, ni del derecho que tuvieran los tenedores de esa moneda á que valiera veinte y cuatro peniques, el precio que tenía al empezar la desvalorización. Lo único que se discutió fué si el tipo debía

ser de 15, 16 ó 18 peniques; pero no otra cosa.

La comisión inglesa creyó que lo mejor para asegurar la estabilidad de la moneda, era establecer 16 peniques que después de bajar á 13, volvió á 16, lo que llevó á las cajas de la India 2.700.000 libras en pocos meses. Pero los ingleses no creyeron que dada la situación de la India, no obstante tener una exportación mucho mayor el año pasado que los anteriores, hubiera bastante razón para pasar imprudentemente al régimen del oro; considerando mejor continuar con el régimen monetario de la plata y oro, ó sea el sistema *cojo*, como se la ha denominado.

Bien, señor presidente, voy á terminar: el fondo de conversión no es suficiente, se nos ha dicho. Este es uno de los lados del proyecto que se considera vulnerable.

Yo tengo una convicción tan profunda de que es inútil pretender hacer un atesoramiento de oro mientras el país no lo tenga, que creo completamente inútil también disponer de grandes recursos á realizarse.

¿Por qué? Porque no se encontrará el oro. Si el país no lo tiene, será completamente inútil que se ponga en estos proyectos la cantidad de 10, 15 ó 40 millones anuales. Sería preciso traerlos de afuera. Si la situación económica no es para que deje un stock de oro, serán inútiles las medidas que se tomen por el gobierno para obtenerlo: no existe tal oro.

De tal manera que yo creo que es suficiente con lo que se ha destinado por el proyecto, á saber: cuatro millones y medio de pesos oro, del 5 % adicional, que son indiscutibles, que se pagarán forzosamente, si se sanciona la ley, que darán ese rendimiento, puesto que ya lo han dado en un año y cuyo rendimiento no se discute, porque efectivamente, tenemos la experiencia que nos autoriza á esperar ese resultado, con esos cuatro y medio millones, que en diez años serían 45.000.000; con el producido de la venta del ferrocarril Andino, que son 6.000.000 pesos; con el producido de la liquidación del Banco nacional, respecto del cual el señor diputado encontraba que eran 8.000.000 de pesos oro lo que podía rendir...

Sr. Mitre—Menos.

Sr. Berduc—No menos. No he hecho apre-

ciaciones á este respecto, pero la comisión de hacienda tiene el cálculo original. El banco después de haber hecho todos sus cálculos, después de haber sacado lo que no sirve y haber justipreciado lo que es bueno, establece que obtendrá 52 millones millones de pesos papel; esto, á juicio del banco, puesto que él ha hecho el mismo castigo de las propiedades que ha hecho el señor diputado, las propiedades que están aquí avaluadas por lo que se tomaron...

Sr. Luro—Todas las cantidades.

Sr. Bérduc—No, señor diputado.

Inmuebles: 39.800.000 pesos. Está calculado en 11.000.000 el rendimiento final. Cincuenta y dos millones dice el banco, según su apreciación de todo su activo 159 millones. Este es el juicio del banco, el juicio de los hombres que lo administran, el juicio de los que responden de la administración del banco. Pero estos 52.000.000, que serán 22, que serán 15 millones de pesos oro, y los 6 millones de la venta del Andino y lo que da el Banco de la nación 1.500.000 pesos al año que en 10 años serán 15.000.000, más los 45.000.000 por adicional, formarán un total alrededor de 70.000.000.

¿No creen los señores diputados que si efectivamente nosotros conseguimos que la República Argentina tenga estos 70 millones de pesos oro en poder del gobierno, bien guardados, con el objeto de hacer frente, en cualquier momento, á la conversión de su papel, no se habría obtenido la estabilidad del papel y establecer las condiciones en que se debe convertir?

No puede negarse esto, señor presidente.

Bien, señor presidente, para terminar, porque ya no puedo más, lo declaro con toda franqueza, voy á decir dos palabras respecto del presupuesto.

No voy á dar cifras. En las que ha dado el señor diputado Mitre hay algún error de apreciación; pero no entraré en rectificaciones que no son del caso; solamente diré lo siguiente.

Yo tengo, señor presidente, desde que estoy en esta cámara, las más profundas lecciones de la experiencia. Creo que el presupuesto, que toda esta ley que exige un proceso de tres ó cuatro meses y que pone á prueba la paciencia y el carácter de muchos de los miembros del congreso, es

una ley artificial, si no se tiene en la casa de gobierno quien real y positivamente haga la gestión administrativa dentro de los términos de la ley que se dicta. (*Muy bien! ¡muy bien!*)

Yo no quiero hacer una acusación llevada á los gobiernos anteriores, porque sé también que no se pueden cruzar todas las épocas de desconfianza, de peligros internacionales con regularidad administrativa; pero, sí, creo que en una época regular como la en que el país se encuentra, gozando de una paz incommovible, las medidas, las economías que quieran afrontarse en la administración pueden ser afrontadas, y la ley de presupuesto en nada absolutamente obstaculizará esas medidas.

La ley de presupuesto autoriza gastos. Aquí se distribuye la responsabilidad entre ciento veinte miembros de la cámara. Tal vez se vota con liberalidad, con generosidad; quizá se establecen gastos que están más allá de lo que puede soportar la nación; pero también sé que esta es una ley autoritativa y que el gobierno puede cortarla.

Así, pues, el presupuesto propiamente dicho, en rigor, de algunos años atrás, como nosotros lo votamos, siempre da buen resultado á fin de año, y, sin embargo, siempre resulta un déficit entre las entradas y salidas de la tesorería. ¡Pero es claro! Porque en el presupuesto no figura todo lo que puede gastarse por el gobierno, por razón de las disposiciones del gobierno mismo, y por razón de las leyes que dicta el congreso y que no deben ser cumplidas si no existe el dinero necesario para ello.

Entonces, esta cuestión del presupuesto depende más de esa conducta moral, de esa conducta financiera por parte del gobierno que de cualquier otra medida. (*Muy bien! ¡muy bien!*)

Bien, señor presidente; el presupuesto del año próximo será el mismo presupuesto del año 97, será el mismo del 98, será el mismo del 99. El año 98 no teníamos el diez por ciento adicional; no existía.

El año 98 teníamos una deuda exigible como la actual.

Y bien, el presupuesto de 1900, en cuyo estudio se esfuerza la comisión para introducir economías por 12 millones de pesos, ha de cerrarse equilibrado. Lo que

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

yo no sé es si se van á equilibrar, real y positivamente, los gastos futuros; lo que yo no sé es si se van á dejar de hacer los gastos que no se necesitan; lo que yo no sé es si el congreso tendrá suficiente energía para no votar leyes que no se puedan cumplir; eso no lo puedo decir; pero, sí, puedo decir que si el gobierno de la República Argentina, sus poderes públicos, dan prueba evidente, clara, indiscutible de que su propósito es colocar á la nación dentro de sus propios medios, sin deudas nuevas, sin emisiones de ningún género y aun suspendiendo las obras públicas, si fuera necesario, yo digo que estos proyectos han de hacer el bien de la nación. *(Muy bien! ¡muy bien! (Aplausos.)*

Sr. Varela Ortiz—Pido la palabra.

A nadie se le oculta que la prolongación de este debate ya no ofrece interés ilustrativo para el país; á nadie se le oculta tampoco que su prolongación no ha de aportar nuevas luces ni mayor argumentación que haga variar ó decidir el voto de los señores diputados ni en pro ni en contra. En cambio, todos los señores diputados saben que la prolongación de este debate está produciendo serias perturbaciones en la plaza comercial.

Todos los señores diputados saben que los depósitos de aduana están repletos, que no hay casi despacho á consecuencia de la promesa futura que contienen estos proyectos de que han de poder sacarse de los depósitos las mercaderías con el oro á 227 cuando hoy está á 240.

Algunos de los miembros de la cámara hubieran deseado fundar su voto; el doctor Avellaneda, entre ellos, creo que lo iba á hacer y ha desistido, me parece.

Creo que la cuestión está agotada, y brillantemente agotada por los señores diputados que la han estudiado y expuesto con notable erudición.

Creo, entonces, que mi moción es viable y la formulo así: que se cierre el debate.

—Suficientemente apoyada esta moción se vota y es aprobada.

—Se vota en general el despacho en discusión y es aprobado por 56 votos contra 25.

Sr. Sánchez Viamonte—Pido que se haga constar mi voto en contra.

Sr. Presidente—Se hará constar.

—En discusión y en particular el artículo 4º.

Sr. Cabral—Pido la palabra.

De la discusión que se ha hecho no puede desprenderse de ninguna manera que estos términos propuestos en el proyecto sean términos absolutos.

La misma exposición del señor diputado por Entre Ríos, nos viene á demostrar que, en el caso más aplicable á nosotros, que es el caso de la India, se ha fijado un tipo menor que el tipo que estaba en plaza.

Por consiguiente, señor presidente, yo creo que podríamos uniformar las opiniones estableciendo un tipo menor, ya que se ha sancionado el proyecto de la mayoría como acaba de hacerse.

Es evidente, señor, que el tipo de 200 presentado por la minoría y por el doctor Morel en un proyecto de ley, viene á establecer la prima que se ha querido y al mismo tiempo á sustituir los plazos que el señor miembro informante de la minoría ha sostenido.

—Murmullos en las bancas.

Yo pediría á la honorable cámara que tuviera á bien escucharme un momento, porque indudablemente el sujeto queda completamente desleído en esta cuestión fundamental, y yo no estoy manifestando sino lo que los señores diputados acaban de decir.

El señor diputado Berduc ha declarado que, en realidad, según su concepto, esta cuestión se está tratando recién á la presentación de estos proyectos, lo que quiere decir que se está improvisando, que es un acto más ó menos impulsivo, que si bien es un anhelo, puede también ser un fracaso, porque si tenemos en cuenta, por ejemplo, el antecedente de la conversión de la provincia de Buenos Aires, veremos que esa operación ha sido un fracaso.

(Murmullos en las bancas.)

Sr. Presidente—Ruego á los señores diputados que guarden silencio. Todos los señores diputados tienen derecho de ser atendidos.

Sr. Cabral—Además, señor presidente, no importa que á mí no se me atienda; las ideas que yo manifiesto han sido expresadas hace muchos años por todos los hombres que piensan en la República.

Yo, desde el principio, y he de concluir en esta cámara diciendo la misma cosa, he manifestado que estas son cuestiones fundamentalísimas, y cuando tuve el honor de presentar el proyecto de ley sobre colonización indígena, hice declaraciones que han hecho con más brillo y elocuencia otros señores diputados, pero que siempre han estado en la órbita de mis ideas.

Yo tengo hecha una estadística que concuerda exactamente con la que han traído los señores diputados, pero que viene á demostrar que no es la oportunidad, como he dicho, de la sanción de esta ley, pero ya que ha llegado á sancionarse, vamos á buscar el término medio que corresponda á cada uno.

Si es la creencia del señor diputado por Entre Ríos que el oro hubiera estado á 180, ¿por qué no fijar el tipo de 200, cuando él importaría 20 puntos de prima y al mismo tiempo la disminución de los precios?

Yo encuentro una inmensa dificultad en la sanción de esta ley, porque gran parte de los fundamentos, que indudablemente habrán hecho también opinión en la cámara, del señor diputado por Entre Ríos, se basan nada menos que en la anulación de los datos estadísticos oficiales. Quiere decir que nosotros no tenemos un cálculo seguro sobre qué basar nuestros estudios.

Además, ha tenido en cuenta y ha puesto el dedo en la llaga respecto de la vida de los habitantes de la República, ha tomado en cuenta la conversión de la Rusia y de la India, pero sin preocuparse de esto: de si la situación de esos países es igual á la nuestra; no nos ha dicho si esas naciones tienen que pagar la inmensa cantidad de oro que nosotros tenemos que abonar.

Sr. Berduc—¡Mucho más!

Sr. Cabral—Yo creo sinceramente, como pueden creerlo otros señores diputados, que recién será formal hablar de conversión dentro de 25 años, porque dentro de ese período de tiempo alcanzaremos diez millones de habitantes; entonces se hablará de conversión; entonces, cuando se haya pagado nuestra deuda interna á oro y se haya amortizado 45 millones de la deuda externa, cuando se haya equilibrado el presupuesto, será la oportunidad de hacer estos ahorros.

Pero bien; vamos á establecer estas cuestiones netas; y yo pido á los señores diputados que han sostenido el proyecto que tengan bien en cuenta que el principio de autoridad se pierde cuando el principio de la arbitrariedad comienza; no es la arbitrariedad policial, es la arbitrariedad gubernativa; porque nosotros, y al decir nosotros digo el pueblo, perderemos la fe en nuestro gobierno cuando se vea que se tratan estas cuestiones de una manera más ó menos inopinada, pudiendo hacerlo con un criterio más sensato.

Aquí está el proyecto de ley presentado por la mayoría de la comisión.

Y bien; la ley de la provincia de Buenos Aires fué presentada en 1863, y recién en noviembre de 1864 fué sancionada la ley. ¿Y qué pasó con esa ley? Que esa ley no fué cumplida; y recién en 1866 se presentó el proyecto para la conversión.

En Rusia se han empleado 11 años para hacer los estudios. En la provincia de Buenos Aires se empleó menos tiempo, pero siempre se emplearon varios años.

Ahora, nosotros en un mes queremos resolverlo todo; y sin embargo, se dice que todos pensamos bien, que todos somos sensatos.

Ahora, sobre todo respecto á esta cuestión del tipo, yo no sé, por más erudición que se tenga, por qué razón se va á encerrar la mayoría en los términos absolutos de que el tipo tenga que ser de 227. ¿Cuál es la razón económica, cuál es la razón matemática, cuál es la razón social para que ése sea el tipo y no el de 220, 225 ó 200?

Se ha dicho que ese es el tipo medio. Esto del tipo medio ha sido ya perfectamente refutado. Ese tipo responde á diversas épocas del país, á momentos en que el gobierno no respondía, por ejemplo, á los intereses públicos, en momentos en que los bolsitas alzaban treinta puntos el tipo del oro, á causa de un telegrama que el Presidente hacía contra un ciudadano de la República.

¿Y qué razón hay para que se tenga que pagar un premio por esta circunstancia?

Ninguna.

Además, hay esta otra circunstancia excepcional, y es, que cuanto más alto se cotiza el oro, los precios son mayores.

Y no se puede negar, de ninguna manera, lo siguiente: si en el interior se han em-

pleado capitales á papel, todos los que manejan esos capitales tienen un tipo único, ño, que es el tipo del oro; y á ese tipo del oro se fijan los precios.

Todos los consumidores pagan las cosas al tipo del oro, nunca al tipo del papel.

Por consiguiente, es una cosa indudable que cuanto más alto es el tipo del oro, más se encarecerá la vida.

El señor diputado por Entre Ríos nos decía que el problema está en esto: en vez de producir por valor de diez, vamos á producir por valor de once ó doce. Pero la cuestión está demostrada en esta forma: que ya no podemos producir más, hemos llegado al caso de que un país con tan poca población como la República Argentina llega á exportar más que los grandes países exportadores.

¡Pero cómo se va á hacer ese milagro de producir más, justamente á principios del siglo XX, cuando ya no se creen en los milagros!

No voy á leer nada más que cuatro ó cinco datos estadísticos á la honorable cámara, para que se vea otra faz del problema que exige que en realidad se fije el menor tipo posible al oro, para que resulte lo menos encarecida posible la vida. Las cifras manejadas por el señor diputado por Entre Ríos con tanta habilidad ha llegado á presentarnos como que estamos casi en el mejor país del mundo, á decirnos que hemos llegado á un año excepcional, y lo que él citaba de la comisión relativa á la cuestión de la India, de que no debe fijarse la conversión por sólo un año de prosperidad, es lo que viene á proponernos.

Porque tenemos un año de prosperidad, inmediatamente se presentan estos proyectos. Sea cualquiera el juego malabar que se haga respecto á la producción y á la importación, respecto al consumo á oro ó á papel, la realidad es la siguiente: desde el año 64 hasta el 95, la República Argentina ha tenido anualmente déficits por valor de diez á once millones de pesos oro.

Se puede marchar, señor presidente, en medio de la inconvención, como hemos marchado y como hemos progresado; pero indefinidamente no podemos marchar con el déficit al anca: tienen que caer al fin, el jinete y la cabalgadura.

Tenemos que la República Argentina, en sus manifestaciones respecto á la produc-

ción agrícola y ganadera; respecto á la población, educación general, de derecho, de medicina, que ha progresado el doble, desde el año 69 hasta el 95. De manera que nuestro progreso es por dos; pero, en cambio véase lo que ha pasado respecto de los presupuestos desde el año 69 hasta el 95: hemos aumentado tres y medio veces el presupuesto, y la deuda á oro, que era, señor presidente, de 26 millones el año 69, ha llegado el 95 á aumentarse quince veces.

El caso es completamente sencillo: toda la economía de la nación es la economía del individuo. Léase cualquier autor, cualquier libro de ciencia económica, y se ha de llegar á esta conclusión: que todas las leyes económicas, salvo aquellas generales que establecen los genios de la ciencia económica, se reducen á esto: á la economía y á la honestidad. Son las dos cosas que nos han faltado: hay que decirlo con firmeza.

Supónganse los señores diputados un individuo que tiene que producir para vivir él y su familia y, al mismo tiempo, que tiene que emplear el 40% de su renta para pagar los intereses del capital. ¿Qué comercio, qué industria da para tanto? Ninguno.

Este es el estado de la República Argentina, y vivimos porque somos pueblo, que moriríamos si fuésemos individuo.

Nosotros no podemos seguir más adelante; y al decir que no podemos seguir más adelante, es que no debemos encarecer más la vida, por esta sencilla razón; porque cuanto más encarezamos la vida, menos trabajará el obrero.

Decía el señor diputado Mitre—en lo que estoy perfectamente de acuerdo, y que rebata la teoría sostenida por el señor diputado por Entre Ríos, que cuanto más sube el oro, más habrá que pedir al esfuerzo nacional. ¿Y cómo vamos á pedirle al esfuerzo nacional una mayor energía, si el trabajador no come lo suficiente?

Estaba tentado de interrumpirle al señor diputado por Entre Ríos cuando llegaba en su discurso al capítulo referente al consumo: —Ahí pone usted el dedo en la llaga, hubiérale dicho, pero tenga cuidado que no le toque el virus. (*Risas*).

Yo desearía saber, señor, exactamente si la gente del interior de la República come ó no lo suficiente. He citado á la

provincia de Corrientes, cuya vida conozco más y voy á referirme á ella, para ilustrar el caso.

Por el año 89, en el gran período de la prosperidad, tuve la oportunidad de escribir varios artículos, que se titulaban de esta manera: «Alrededor del número uno.» (*Risas*). «Faltan alimentos y vestidos.» Y demostraba, por medio de la estadística de la ciudad de Corrientes, que no comía la gente lo suficiente, lo que come el soldado inglés, alemán ó francés en tiempo de paz. Y á esta gente que no come bien ¿vamos á exigirle mayor esfuerzo para el trabajo nacional?

Estas cuestiones se están presentando del punto de vista de las leyes de la producción del trigo y de las leyes de la producción ganadera; pero yo he dicho que estas cuestiones son materiales y son también morales. Y es claro! cuanto más difícil es la vida más fácil es delinquir, más fácil es pecar. Es por eso que no ha de terminar, aunque se dicten cincuenta leyes, ni siquiera ha de disminuir el cuatrismo, porque mientras se encarezca la vida, aunque se impongan veinte años de prisión, siempre ha de proseguir el robo.

Por eso también en los centros urbanos, á medida que se levantan los grandes edificios y que tenemos todas las modas de París y Londres, está la llaga social; por eso, por lo caro de la vida.

Alberdi lo dijo, y está bien dicho: gobernar es poblar. Es un axioma ya establecido; no hay que discutirlo. Pero á mi vez, señor presidente, digo, ahora: gobernar es educar. Pero la educación, que nutre moral y materialmente, no se la obtiene presentando proyectos de esta clase, que se hagan, así, de una manera impulsiva; sino teniendo en cuenta todas las manifestaciones de la vida.

Y yo he llegado á ese aforismo formulando los hechos de Sarmiento y de Mitre; porque hay que decir la verdad: el gobierno espiritual de la República está ejercido todavía por estos dos grandes ciudadanos (*¡Muy bien!*)

Y bien, señor: si todo lo que yo he dicho es innegable, y si es innegable también que cuanto mas alto sea el tipo del oro más cara será la vida, me parece, que si se ha de establecer un tipo, debe reducirse á un término prudencial.

¿Qué pierden los proyectos, qué pierde la idea que se persigue con ellos, si el tipo se baja á 200? ¿Por qué no se lo puede bajar á 200? ¿Por qué este término absoluto de 227? No hay ninguna razón para ello.

Por estas consideraciones yo propongo, señor presidente, que el tipo se reduzca á 200, es decir, que se cambien los 44 centavos por 50.

Sr. Bermejo—Pido la palabra.

Antes que se vote este artículo, desearía una aclaración por parte de la comisión, para que quede constancia de ella.

Deseo que la comisión me diga qué entiende por peso moneda nacional oro sellado, para hacer la conversión.

Sr. Luro—Pido lo palabra.

El peso moneda nacional oro sellado es la división del argentino, que el señor diputado Mitre nos presentaba como el tipo metálico de nuestra moneda.

Sr. Bermejo—¿Es decir, la moneda del año 81, de 1 gramo 6.129 diezmilésimos?

Sr. Luro—Sí, señor; de acuerdo con la ley de moneda del año 81.

Sr. Bermejo—De eso es que deseaba que quedara constancia.

Sr. Presidente—Se votará el artículo 1º como lo propone la comisión, y en caso que fuera rechazado, se votará con el tipo de cincuenta centavos propuesto por el señor diputado por Corrientes.

—Se vota el artículo 1º en discusión, y resulta afirmativa de 44 votos contra 31.

—En discusión el artículo 2º.

Sr. Varela Ortiz—Los artículos que no se observen se podrían dar por aprobados.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento, así se hará.

—Se dan por aprobados los artículos 2º y 3º.

—En discusión el artículo 4º.

Sr. Llobet—Pido que se vote por separado cada inciso.

Sr. Presidente—De acuerdo con el pedido del señor diputado por Santa Fe se discutirá y votará separadamente cada uno de los incisos.

—Se da por aprobado el inciso 1º.

Octubre 27 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

5.ª Sesión de prórroga.

Sr. Llobet—Yo había pedido que se vote por separado.

Sr. Presidente—Pero la cámara había resuelto dar por aprobados...

Sr. Llobet—La razón de mi pedido es que yo voy á votar en contra de este inciso, á pesar de haber votado por el despacho, en general.

Sr. Presidente—Perfectamente. Se votará cada inciso por separado.

—Se votan y aprueban los incisos 4º á 6º inclusive.

—Se aprueban los artículos 5, 6 y 7.

—En discutió el 8.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

Voy á hacer moción para que se suprima la última parte de este artículo, que dice «bajo la responsabilidad personal de los miembros de la caja de conversión».

Me parece que tratándose de una ley de esta naturaleza, la responsabilidad y la buena fe del estado es mucho más grande; y es amenguar esta ley dejar subsistente esto en ella.

Esto que se considera una precaución, si realmente llegase el caso de que un empleado faltase á los deberes que establece el artículo é invirtiera mal estos fondos, la responsabilidad personal sería pequeña con relación á los perjuicios que ocasionaría.

Como es una responsabilidad ilusoria y me parece que en cierto modo, repito, viene á amenguar la ley que dicta el congreso, creo que debe suprimirse.

Sr. Luro—Pido la palabra.

Me parece que todos los señores diputados, el congreso en este caso, entienden que al establecer la responsabilidad de los empleados que han de manejar el fondo de conversión, no se pretende exonerar en manera alguna á la nación de la obligación que implícitamente contrae de restituir cualquier cantidad que se hubiera sustraído al fondo de conversión, por cualquier concepto. De manera, pues, que esta es una responsabilidad de carácter especial, que corresponde á la naturaleza de esta ley.

Las leyes de montepío civil estatuyen siempre la responsabilidad personal de los miembros que forman el directorio ó comisión que maneja los fondos; pero esto

no significa que el estado no sea responsable de toda la cantidad...

—El señor diputado Godoy (E.) hace una observación en voz baja.

No puede haber autoridad alguna, que no sea una nueva ley, que pueda obligar á un empleado á entregar una suma de dinero para otro destino que no sea el que establece la ley.

Sr. Mitre—Pido la palabra.

Yo creo que el artículo es completamente inútil y que los temores de los señores diputados son infundados: nadie va á llevar á la Caja de conversión un peso oro! (*Risas.*)

Sr. Presidente—Se votará el artículo, como se ha pedido.

—Así se hace y es aprobado

—El resto del proyecto pasa sin observación.

EMPRÉSTITO INTERNO DEL 91

A la honorable cámara de diputados:

Vuestra comisión de hacienda ha estudiado el proyecto de ley, venido en revisión del honorable senado é incluido en el decreto de prórroga, sobre autorización al poder ejecutivo para adquirir del Banco de la nación los títulos del empréstito interno de 1891; y por las razones que aducirá su miembro informante, os aconseja su sanción.

Sala de la comisión, octubre 6 de 1899.

*Pedro O. Luro.—R. Santamarina.
—Eugenio Alemán.*

PROYECTO DE LEY

El senado y cámara de diputados, etc.

Artículo 1º El poder ejecutivo adquirirá del Banco de la nación los 15.873.700 pesos en títulos del empréstito interior de 1891, de ley 2872, que el banco retiró de la circulación en cumplimiento del artículo 30 de su ley orgánica. Estos títulos serán pagados al banco en oro efectivo ó en letras á noventa días sobre el exterior, aforándolos al 75 % de su valor nominal y al cambio correspondiente.

Art. 2º Del producido de estos títulos el Banco de la nación destinará cuatro millones de pesos oro para capital metálico.

Art. 3º Autorízase al poder ejecutivo á negociar dentro ó fuera del país la enajenación de los títulos que adquiriera del banco en cumplimiento de esta ley.

Art. 4º Comuníquese al poder ejecutivo.

Dado en la sala de sesiones del senado argentino, en Buenos Aires, á 23 de septiembre de 1899.

N. QUIRNO COSTA.

B. Ocampo,
Secretario.